MIRADA DE MUJERES
EN PAGINA/12
30 DE ABRIL DE 1999
AÑO 2 • NUMERO 55



LAS 12

1 AÑO

ESCRIBEN COMO SI FUERAN MUJERES

Jorge Guinzburg
Aníbal Ibarra
Mex Urtizberea
Juan Forn
Facundo Suárez Lastra
Alan Pauls
Francis Mallmann
Rodrigo Fresán
Daniel Tognetti
Nicolás Casullo
Marcelo Birmajer
Juan Ignacio Boido



En este número aniversario **LAS/12** se cambia de ropa. Las **doce notas** que integran esta edición fueron escritas por mujeres falsas, es decir por **hombres** verdaderos cuya identidad se revela al pie de cada página.

UN AÑO Y DOCE INVITADOS

POR **SANDRA RUSSO**

De hombres se habló en **Las/12** desde un primer momento. Primero fue una sección de contratapa llamada "Rico tipo", en la que aparecían varones anhelados o admirados por algún u otro motivo. Después, en ese mismo rincón del suplemento y hasta hoy, surgieron los "Arquetipos", en los que se describen cada semana tipos de hombres que hemos conocido o de cuya existencia sospechamos a través de los relatos pormenorizados que se hacen de amiga a amiga. Pero para festejar el primer aniversario del suplemento, y atendiendo a los reclamos masculinos que venimos escuchando desde el preciso instante en el que se decidió que en **Las/12** sólo escribirían mujeres, invitamos a doce varones a escribir travestidos.

La consigna para armar este número especial no fue fácil de transmitir: a todos les hubiera resultado más sencillo escribir como hombres notas sobre mujeres. Pero la vuelta de rosca fue pedirles que, por una vez y en honor al cumpleaños de **Las/12**, se sintieran mujeres, eligieran para sí un nombre femenino, y escribieran desde ese lugar las doce notas que se leen a continuación. Algunos de los invitados a participar de este suplemento se codean cotidianamente con la escritura –Juan Forn, Rodrigo Fresán, Alan Pauls, Juan Ignacio Boido, Nicolás Casullo, Marcelo Birmajer–, y entregaron notas en las que sus personajes femeninos son quienes narran las historias que inventaron; a los demás hubo que explicarles detalladamente el juego: algunos primero se desconcertaron, pero todos respondieron con arrojo y ganas de sumarse por una vez al suplemento que ellos también leen todos los viernes. Aníbal Ibarra, Facundo Suárez Lastra, Jorge Guinzburg, Mex Urtizberea, Francis Mallmann y Daniel Tognetti aceptaron el convite. Todas las notas que se publican en esta edición llevan implícita la complicidad de estos doce varones para dejar entrever y transparentar el modo en el que miran a las mujeres, lo que saben de ellas y lo que se imaginan. Y casi todas encierran una clave de humor, de buen humor, que es el que corresponde llevar de regalo a una fiesta.



¿ESCRITO SOLAMENTE POR MUJERES?

Hace poco más de un año, en las primeras reuniones de edición del entonces futuro suplemento de mujeres de **Página/12**, se discutían acaloradamente varias cuestiones y se olfateaba, como es norma en este diario, que todo aquello que despierta el debate encendido entre directores, editores y redactores, tiene jugo. Se había echado una hojeada a los suplementos femeninos de los diarios nacionales y a también a los de diarios extranjeros, y estaba claro que no era nada de eso lo que se quería hacer. Se bosquejó, entonces, un suplemento gráficamente rico, escrito y pensado solamente por mujeres, que abarcara desde política o internacionales hasta moda y decoración. Se intuía que de todo, también de estos últimos rubros usualmente asimilados a los "servicios", se puede hablar con inteligencia y profundidad, que el truco finalmente siempre consiste en hacer notas interesantes. Pero entre decir y hacer hubo un mes clave –abril del año pasado–, en el que todavía flotaban las preguntas de aquellas primeras reuniones en las que se decidía qué dotación genética iba a tener **Las/12**. Algunas eran:

–¿Por qué un suplemento escrito por mujeres? ¿Acaso las mujeres no escriben en el diario?

–¿Por qué una "mirada de mujeres"? ¿No se supone que esa mirada está desparramada en todas las secciones?

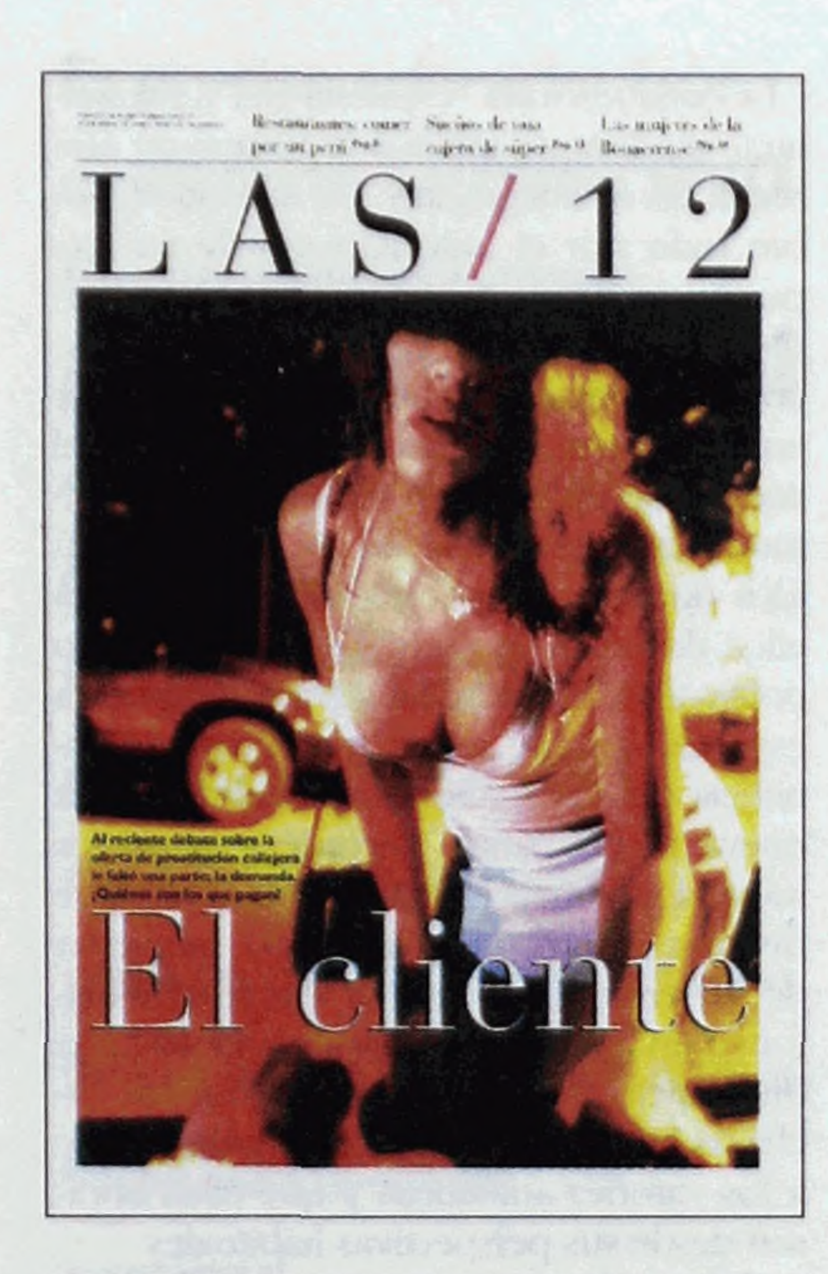
–¿Escrito sólo por mujeres? ¿Eso no es discriminar a los varones?

–¿Y escribir sobre qué? ¿Moda, belleza, gastronomía, decoración? Las lectoras nos van a tirar el suplemento por la cabeza.

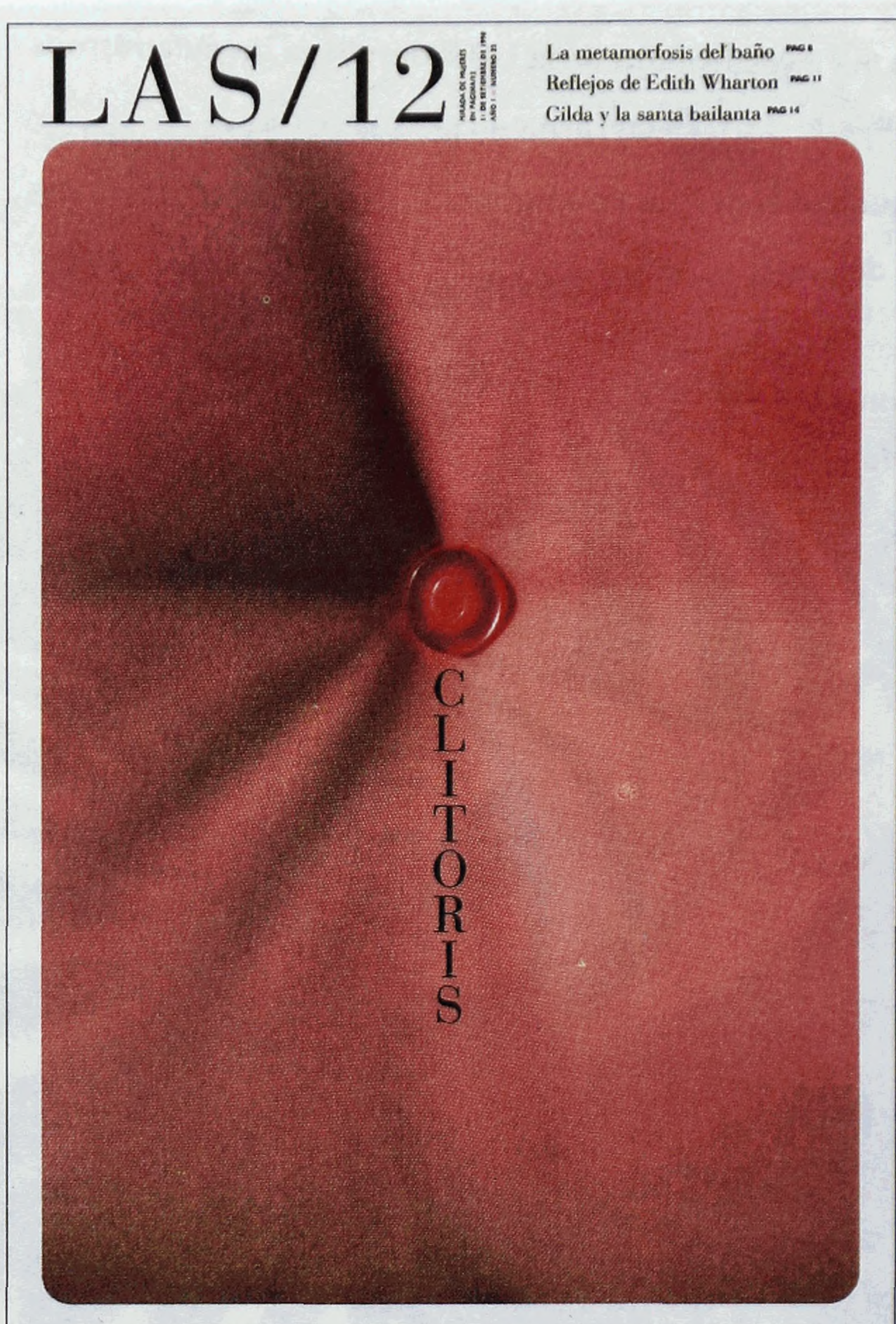
–¿Un suplemento de mujeres que sólo podría nacer de un diario como **Página/12**? ¿El costado femenino de las noticias de política, sociedad o internacionales? Suena bien, pero andá a hacerlo ...

En abril de 1998 **Las/12** salió a la calle con una nota de tapa que en su momento resumía aquellas intenciones. "El cliente" era mirar el incipiente tema que se iba a llevar mucho espacio en los diarios y en los noticieros durante todo el año, pero cambiando el eje: en el debate del Código de Convivencia Urbana de la Ciudad de Buenos Aires todo el protagonismo se lo llevaban hasta entonces las prostitutas y los travestis, por un lado, y los vecinos de Palermo, Flores o Constitución, por el otro. **Las/12** habló, entonces, de quienes pagaban por tener sexo, y buceó en los motivos que llevan a un hombre a preferir pagar a seducir. Aparecían los testimonios de hombres melancólicos que confesaban que "se va de putas porque una mujer siempre angustia, y las putas no", o de hombres exitosos que admitían que "a las minas siempre las veo venir con el signo $ en los ojos, así que agarro el teléfono y me aseguro el toco y me voy". Después fueron llegando, cada semana, otros temas en los que siempre e indefectiblemente la clave estuvo no sólo en diferenciar los intereses femeninos de los masculinos, sino además en abrir debate entre las mujeres, dando por sentado que esa entelequia que algunos llaman "la mujer" no existe. Las tapas fueron dando cuenta de un lenguaje y un tono que después de un año ya constituye la identidad del suplemento. No vamos a enumerar todas, pero a algunas de ellas elegimos recordarlas porque nos gustaron, porque sirvieron para que programas radiales o televisivos las usaran como disparadores de debates, porque grupos de mujeres de diferentes ámbitos las usan hoy como material de consulta. Por ejemplo, "Mujeres y corrupción", "Por qué matan las mujeres", "El fin de la intimidad", "Las mujeres hablan sobre impotencia (sin parar)", "Madres NN", "HIJOS", "Juguetes eróticos", "Histeria masculina", "Aborto y denuncia", "Clítoris", "Madres lesbianas", "Ilegales, lejos y solas", "Bisexualidad" o "Autoerotismo".

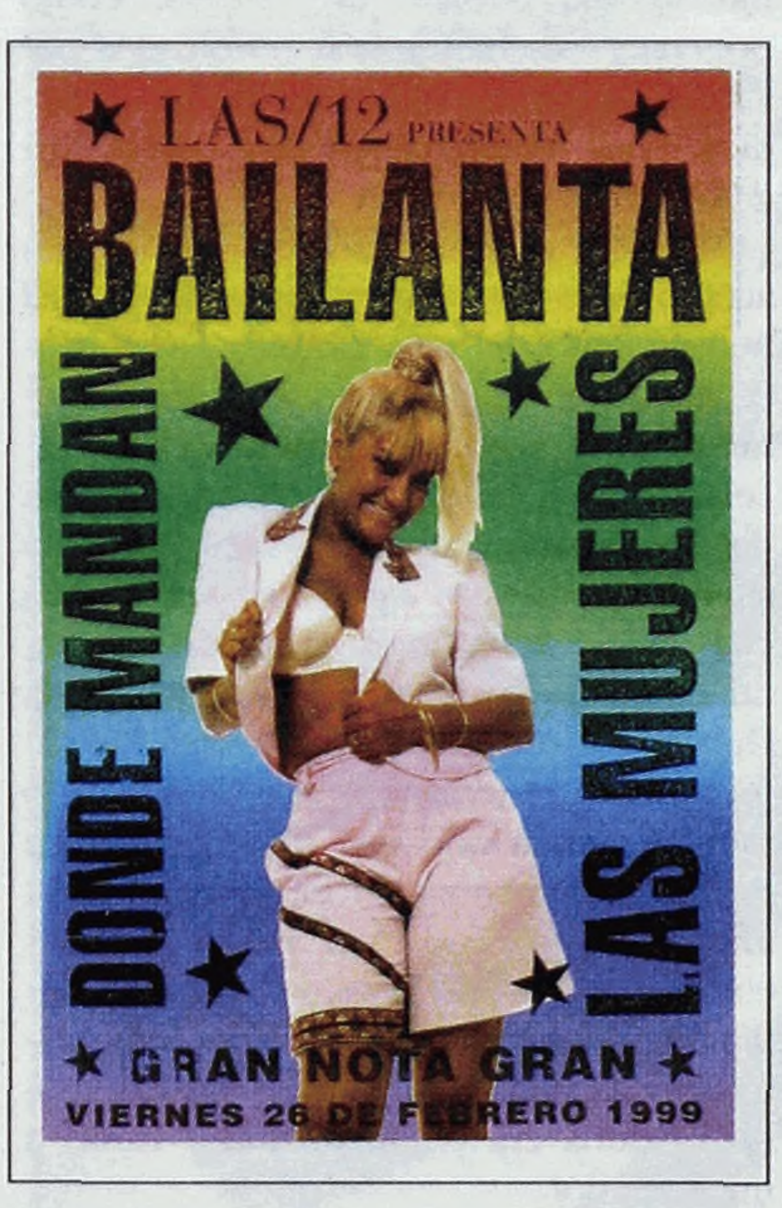
En los grupos de mujeres consultados por la empresa Entrepreneur antes de la salida a la calle de **Las/12**, fue evidente que las consultadas no reconocían en ninguno de los suplementos femeninos de los diarios nacionales rasgos de identificación o pertenencia como lectoras. "Lo miro pero no lo leo", "No trae nada que me importe" o "Lo conozco pero no me acuerdo cómo es", eran las respuestas tipo. En este año de vida, **Las/12** generó, a juzgar por el rebote que cada semana llega a la redacción a través de e-mails, cartas, llamados y comentarios, una complicidad que nos enorgullece, tanto de parte de mujeres como de varones. Que a quienes hacemos este suplemento nos encante hacerlo debe constituir, simple y cristalina, una clave de esas que el marketing todavía no logró reemplazar ni sustituir. La sintonía entre lectoras/es y periodistas sigue siendo una alquimia bendita.


LAS/12
El cliente

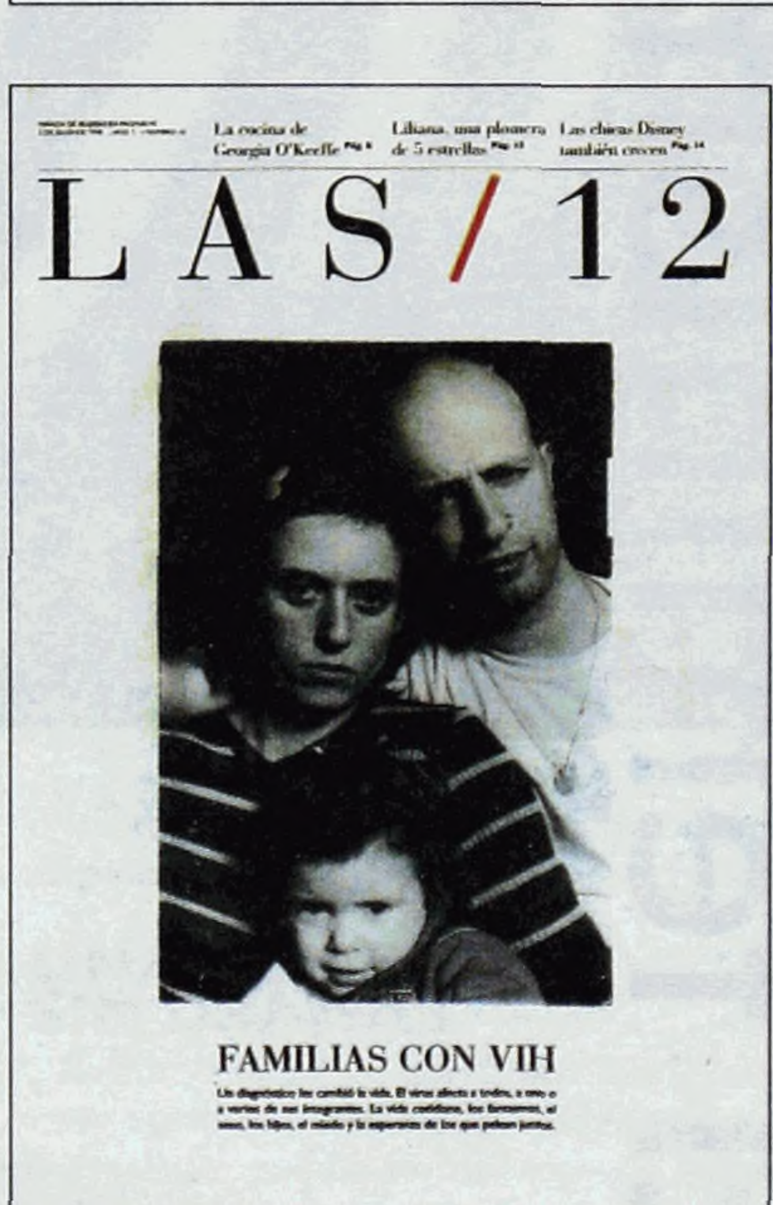

LAS/11
LA Nº 5
MUNDIAL
PARIS

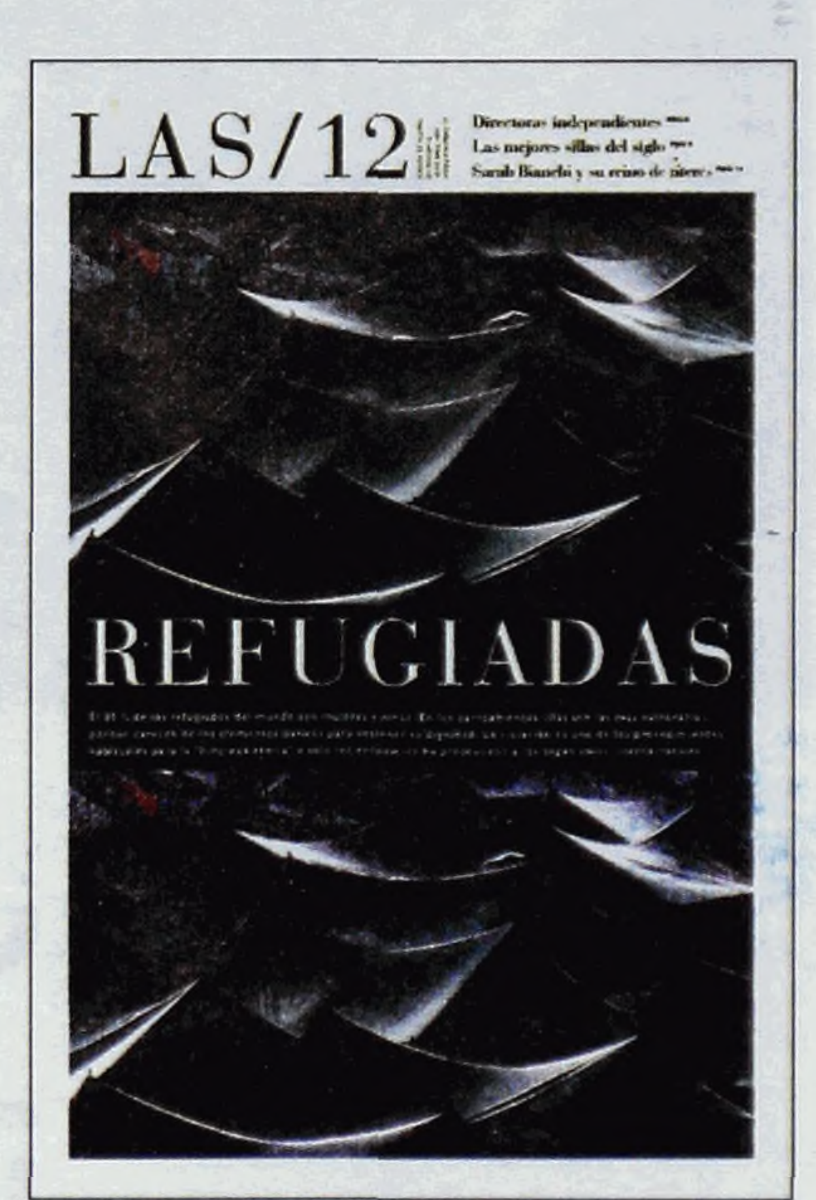

LAS/12
La metamorfosis del baño
Reflejos de Edith Wharton
Gilda y la santa bailanta
CLITORIS

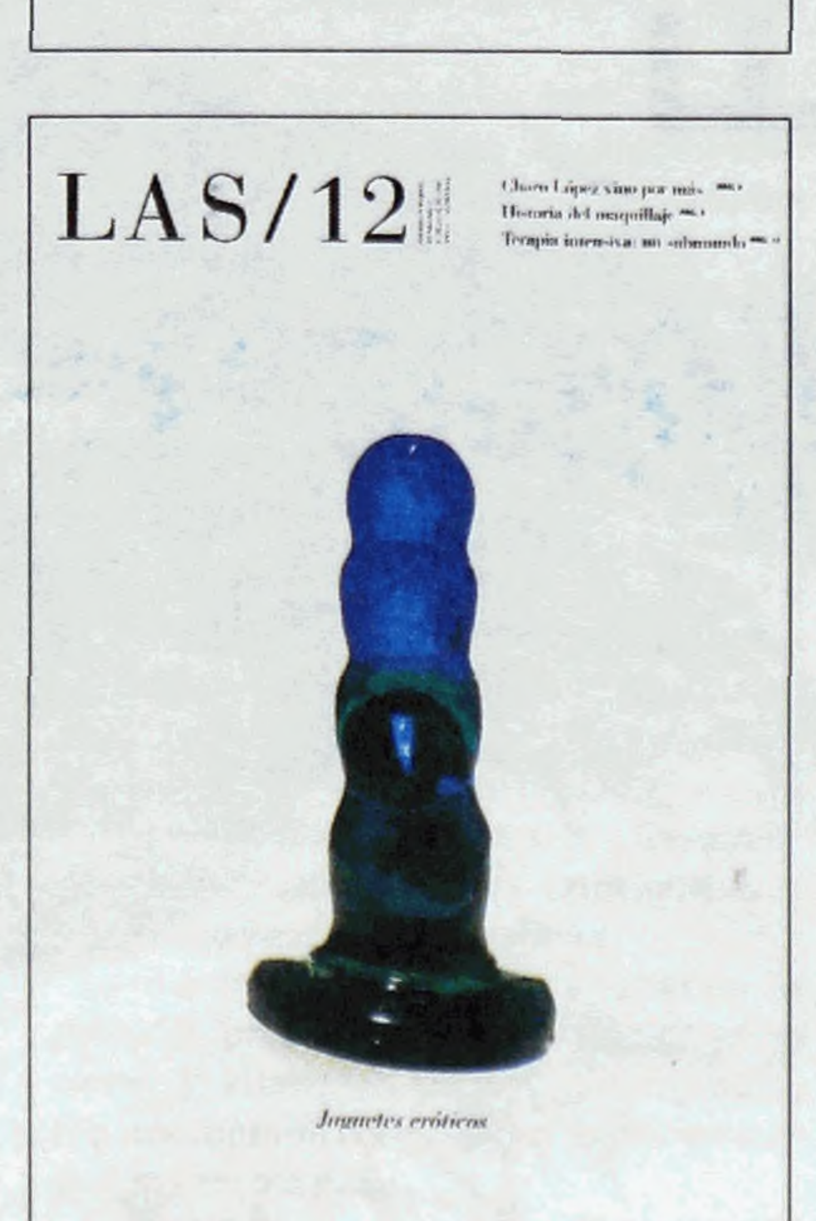

LAS/12
BUSCAR
al hermano


LAS/12 PRESENTA
BAILANTA
DONDE MANDAN
LAS MUJERES
GRAN NOTA GRAN
VIERNES 26 DE FEBRERO 1999


LAS/12
El viejo arte del collage
Vida de una acróbata
A cada mujer, su diosa
Bi sexualidad


LAS/12
FAMILIAS CON VIH


LAS/12
REFUGIADAS


LAS/12
Juguetes eróticos


LAS/12
VIOLACIONES

El feminismo MASCULINO

Una investigadora de la UBA despliega sin eufemismos las falacias en torno de las posturas viriles que defienden las reivindicaciones femeninas y denuncia los excesos ocurridos en el último congreso del CAMA (Centro Argentino de la Mujer Anticipada).

POR GRACIELA BARDELLI*

No por reiterada como piensan algunos, voy a dejar de insistir en las falacias que se ponen de manifiesto cuando se trata de la subrepresentación de la mujer en los distintos ámbitos de la actividad social y pública, cuestión más bien insoportable para ciertos integrantes varones de las ciencias sociales y de la cultura en general supuestamente progresistas.

Falacias que se volvieron a poner de manifiesto en el importante Coloquio organizado la semana pasada por el CAMA (Centro Argentino de la Mujer Anticipada) en el marco de las distintas actividades del Mercosur. Y estoy hablando de porcentajes. Sí, porcentajes, o si se quiere "cuotas", como se denomina técnicamente esa estrategia de discriminación positiva, mal que les pesen estas palabras a muchos expositores que asistieron como ponentes a dicha reunión, auroleados por su condición de defensores de las reivindicaciones femeninas en este plano fundamental de nuestra lucha.

En principio quiero aclarar que, si bien acepto redesplegar nuestros problemas al pensamiento del otro género, y reconozco lucidez en algunas de sus enunciaciones teóricas y políticas, nunca dejé de recelar de esta nueva figura made in USA del feminismo masculino (por algo fue siempre el género opuesto). Mis sospechas se confirmaron en la sesión inaugural cuando un ponente brasileño de la Universidad de San Pablo desplazó equívocamente el tema hacia las escolas do samba, reclamando una mayor cuota de presencia femenina en ellas, desplazada ahora por los cada vez más cotizados cuerpos de jóvenes varones. ¿A qué aludía este *paper* tan aplaudido por los feministas masculinos uruguayos?, me pregunté. La duda era compartida por varias a mi alrededor.

La confusión comenzó a hacerse patente cuando intervine desde el público para hacerle notar al expositor el deslizamiento fetichista de su aporte. De qué manera podía rebatirme, lo interrogué con dureza, que su intención era reponer una mayor cuota de mujeres en cueros. Mientras cierto sector del cientificismo social argentino me abucheaba, recibí sin embargo el cálido apoyo de las indígenas guaraníes, presentes ahí para pelear legítimamente por estas cuestiones.

La contradictoria respuesta del representante paulista me ratificó la naturaleza ambigua de su integración a la sororidad. Sobre todo por el autoritarismo de su respuesta desde el panel: usted nunca entendió nada de la condición femenina, me contestó. Sentí que nos volvían a poner en el margen, quedándose otra vez en el centro, aunque ahora como mujeres. Inmediatamente pensé en Deleuze, en su idea de devenir insectos, animales. Ahora ellos devenían mujeres. Un frío biológico político, ya no de género, me recorrió la espalda. Calculé cómo modificar mi ponencia del día siguiente apuntando a esta nueva problemática. Recordé a la teórica italiana posmarxista Ada Magnotti, que frente a este proceso de (per) mutación de géneros por el que el varón se transforma en genuina falsa mujer, planteaba la disyuntiva: la cancelación de nuestra lucha, o la estrategia de denunciarlos frente a los varones auténticos y que ellos obrasen desde sus perspectivas habituales.

Afortunadamente las intervenciones de Silvia, Martha y Ana regresaron el debate a su justo lugar con el tema de los porcentajes y de las cuotas. Se pudo verificar entonces que en las instituciones del Estado la representación de mujeres es sólo del 7 %, en el campo gerencial privado del 6%, en ciertas carreras universitarias como Ingeniería del 5% , en el gremio de Personal de Aduanas apenas del 3%, en el campo de los creativos publicitarios del 2%, en Gastronómicos el 1%. Las cifras tan preocupantes se acumularon de tal manera que hasta las posiciones vacilantes, camaleónicas, oportunistas y menemistas de los supuestos " defensores" de nuestra condición gritaban "basta" desde la platea y salieron en busca de un juez interviniente. Mucho más cuando la ponencia de Esther especificó datos de su investigación financiada por AID para señalar que entre los aguateros de la AFA la intervención se reducía a 0,5%, en el de peones de mudanza a 0,4, y en el de maridos apenas el 0,2. Este último dato los paralizó. Los llevó a silencio, al pasillo. Recién entonces Cristina pudo leer su *paper* de cierre en nombre de las Autoconvocadas por el derecho a Compatibilizar, y terminó recitando como siempre nuestro lema : "No nos dejen solas en esta lucha, cobardes".

*** Nicolás Casullo**

Es preciso aclararlo: éste es un texto **subversivo**. Sin proponerla como plataforma **electoral** conservadora ni como crítica a los **espejismos** de la revolución **sexual** y mucho menos como pedido de **ayuda**, quien firma estas líneas proclama la **soberanía** de la castidad.



UNA ELECCION DE VIDA

POR ARIELA BARTFELD*

El próximo 9 de julio cumplo 45 años y soy virgen.

Podría agregar que me siento muy bien y que soy una mujer plena pero seguramente nadie lo creería en esta época en la que el sol dejó de ser el centro del universo para cederle su lugar a los genitales.

Hoy pareciera que el grado de felicidad de una persona sólo se puede medir por su actividad sexual. Importa mucho más qué le pasaba a Einstein en su cama que en su laboratorio y provoca mucha más curiosidad la relación entre Dalí y Federico García Lorca que los poemas de éste o los cuadros de aquél.

Sé también que al enfrentarse a la primera frase de esta nota, muchas lectoras deben haber sentido por mí, en el mejor de los casos, algo de pena. O, en el peor, desprecio y descalificación.

Tal vez por eso ésta es la primera vez que lo cuento en muchos años. Llevo la ventaja de no verle la cara a nadie y por lo tanto no padecer ninguna de las reacciones posibles.

Jugando con esa imposibilidad de vernos, me preguntaba cómo me imaginarían a partir de esa confesión inicial que me condena.

¿Aparentando más, o menos edad de la que tengo?

¿Con un rostro alegre o enjuto? ¿Arreglada o desarreglada?

¿Y mi carácter? ¿Alguna puede imaginarme alegre o lo que surge primero es un ser avinagrado por la desdicha de no haber compartido nunca su cama con un hombre? Y vale la pena aclarar que con ninguna mujer, tampoco. Porque esa es otra de las etiquetas de la soltería. "Seguro que es lesbiana."

No soy lesbiana, ni fea, ni triste. Aparento diez años menos y tengo las posibilidades económicas de vestir muy bien y así lo hago.

Es evidente que no soy normal, como no lo es alguien que carece de neurosis en nuestra sociedad, o no es violento, ya que la normalidad es siempre una cuestión estadística.

Y la estadística dice que a cierta edad, lo lógico, lo sensato, lo que debe ser, lo que responde a nuestra naturaleza, es vincularnos con seres del sexo opuesto, tiempo después casarnos y al final, hacer felices a nuestros padres haciéndolos abuelos.

No estoy en contra de quienes eligen ese camino y mucho me alegraría saber que logran la felicidad tan ansiada pero siento que, como en todas las cosas, hay más de un camino para llegar al mismo objetivo, si bien es cierto que transitando las rutas más tradicionales el precio del peaje es siempre menor.

UNA HISTORIA SIN DRAMAS

Nadar contra la corriente suele ser muy agotador; una mujer, habitualmente, termina por bajar los brazos y dejarse llevar por el torrente.

Mis amigas de entonces lo hicieron.

Aferradas a relaciones que sólo ofrecían como recompensa no estar solas un sábado a la noche.

Ninguna era feliz, pero tengo que admitirlo, estaban tranquilas.

Entonces las vi alejarse. Entregarse. Perderse. Subordinadas a hombres que me veían como un peligro. No porque en algún momento hubiera intentado hacer proselitismo. Me sentía bien y podía disfrutar que otras se sintieran bien de otra manera, pero para muchos hombres siempre es peligroso permitir que una mujer escuche a otra mujer que piensa distinto. Suelen creer que el pensamiento es contagioso y mete ideas raras en la cabeza.

La de "bicho raro" fue entonces la primera etiqueta que me adjudicaron otros. Y claro, los bichos raros requieren tratamiento, necesitan especialistas que curen su mal.

Fui estudiada por neurólogos que buscaban una enfermedad adentro del cerebro, endocrinólogos que bucearon en mis hormonas y mis glándulas, tal vez algún brujo al que consultaron sin decírmelo, llevando alguna de mis fotos y al final, un psicólogo que encaminó mi vida.

Nunca sabré si fue a partir de sus conocimientos o bien que como suele pasar, hasta los bichos más raros encuentran en algún momento otros bichos raros, de la misma especie, muy cerca suyo.

Aprendí a entenderme y al entenderme empecé a quererme más y, curiosamente, sin una sexualidad activa pude, en la relación con los otros, tener encuentros plenos y sinceros.

No reniego del sexo, si algún día se da, no voy a espantarme, pero no lo busco como una prioridad, no le provoca insomnio a mis noches.

Sí en cambio me desvela la incomprensión, el fanatismo, el pobre pensamiento binario que lleva a creer a muchos que las cosas son buenas o malas y que sólo es correcto aquello en lo que creemos.

Como mujer, espero que muy pronto otras mujeres, que además deben formar a hijos que mañana serán hombres, puedan comprender aun aquello que no comparten.

* Jorge Guinzburg



Casarse

Casarse no es cualquier cosa. No es vaciar un placard para abarrotar otro, ni juntar dos vajillas ni que sobre un salero. Eso, vamos, es hacer como que. Casarse en serio implica una boda con gente mirando y dos personas diciendo que sí. A eso no está dispuesta mucha gente, pero con eso sueñan en secreto (incluso para sí mismas) muchas mujeres. Sin ir más lejos, ésta.

POR **GIMENA MORALES***

Yo era una de esas que decía que nunca se iba a casar. Lo decía todo el tiempo y lo pensaba todo el tiempo y, por lo general, lo pensaba y lo decía cuando asistía, todo el tiempo, a las bodas de mis amigas. Esas amigas que alguna vez habían dicho todo el tiempo y pensado todo el tiempo que no iban a casarse.

Yo me cruzaba de vereda cada vez que, como un espejismo o un desastre natural, surgía una de esas novias bombardeadas por arroz (novias modelo Registro Civil) o, peor todavía, novias de las otras. Las novias *novias*. Las vestidas de blanco y con un aire delicadamente extraterrestre, como si vinieran de otro planeta o se fueran a otro planeta. Nunca pude entenderlas y a mí todo lo que no entiendo me da miedo. Bastante. Y me dicen que se casan de blanco porque eso significa que son vírgenes.

¡Ja!

De acuerdo, a mí nunca nadie me había pedido que me casara pero entiendo que ello no se debió a falta de encantos sino al sarcasmo de mis comentarios acerca de los finales nupciales de las novelas de Jane Austen o el éxito de esas películas que bien pueden llamarse *Cuatro bodas y un funeral* o *El casamiento de Muriel* o *La boda de mi mejor amigo* o, mi favorita, *El padre de la novia*. La de Steve Martin y no la de Spencer Tracy. Me cae muy bien Steve Martin, puedo entender su sufrimiento y estoy segura de que sólo podría ver las otras películas de bodas con un vaso de whisky lleno hasta los filos. Productos detestables, argumentos incómodos y la necesidad refleja y automática tan parecida a la de esos animalitos chicos (lemmings) o animalotes grandotes (orcas) que, un buen día, todos juntos, deciden saltar en masa desde un acantilado o encallar en los bordes de una playa. Algo así les pasó a mis amigas. De golpe. Pasaron del "ni loca" a intercambiar precios de alianzas y virtudes de bandas amateurs para amenizar la fiesta con nombres como *Feelings* o *The Sweet Serenaiders* o qué sé yo. Y, claro, la idea de esa fiesta y ese día como si se tratara del día D sobre las arenas de Normandía. Todas locas o todas zombies. Da igual. En cualquier caso: todas distintas. Mis amigas no eran mis amigas y para qué voy a hablar aquí de los hombres con los que habían decidido casarse. Después de andar, de ir y de volver con tipos como una (tipos que se las pasaban diciendo todo el tiempo que nunca se iban a casar), de golpe me presentaban a una suerte de androide sospechosamente parecido al muñequito de la torta en cuestión. ¿Qué era eso? ¿Qué había pasado? ¿El fin del milenio? ¿El fin de la historia? Algo andaba mal. Y yo les preguntaba dentro de los límites de la discreción y las buenas costumbres. Les pedía que, de ser posible, me explicaran lo que había ocurrido o que, por lo menos, me ofrecieran una mínima punta del secreto para poder agarrarme de ahí y ver qué pasaba, enterarme un poco, comprender; porque si de algo yo tenía ganas era de comprender. Saber de qué se trataba el misterio o el espejismo o el oasis para que no me intrigue, no me confunda, no me pierda en el desierto de la incertidumbre. No hubo caso, claro. "Es algo intransferible", "no entenderías", "te tiene que pasar para que puedas apreciarlo" y todo eso. Entonces fue que decidí averiguarlo por mí misma. Descubrir el asunto para exponer su farsa y su pavada. Empecé a ir a todas las bodas. Primero a las de mis amigas. Con un block y una cámara de video. Tomaba notas, registraba momentos que, luego, en casa, pasaba una y otra vez, para atrás y adelante, como si se tratara de la filmación esa del asesinato de Kennedy. No me alcanzó pero, sí, podía sentir que estaba parada sobre la punta del iceberg y a punto de descubrir *algo* importante. Sí, yo iba a hacer historia.

El siguiente paso fue ir a las bodas de las amigas de mis amigas. Me hacía invitar. Suspiraba mucho, ponía mirada soñadora, caía simpática, incluso fui madrina de varias chicas de las que ni siquiera conocía su nombre. No fue fácil y el presupuesto se me complicó con el tema de los regalos. Pero yo estaba segura de que valía la pena. Porque yo iba a descubrir algo parecido a la piedra filosofal o a la piedra Rosetta.

Yo iba y ponía cara de piedra.

Como ahora.

Cara de piedra y supongo que en algún momento perdí el control y los acontecimientos se precipitaron y ahora toda esa gente a mis espaldas y les juro que no entiendo cómo ocurrió.

Y qué es lo que me está diciendo el sacerdote. ¿Me preguntó algo?, me pregunto.

¿Y este tipo al lado mío? ¿Eh?

La verdad que el vestido está bastante bastante lindo.

La boda es un viaje de ida.

*** Rodrigo Fresán.**

La costilla


IMAGE BANK

El que pregunta no siempre quiere saber. Y menos si se trata de una pareja. Un comentario inocente nunca es del todo inocente si los dos que están hablando duermen y desayunan juntos. Para muestra, vaya este relato de una conversación con almohadas como telón de fondo, y en la que lo general y lo particular se turnan para que nadie se tome las cosas como algo personal.

POR MARISA PUJOL*

Dale, estoy esperando –dije yo.

–¿Tu peor defecto? –repitió él, a oscuras todavía. Habíamos empezado a charlar cuando él descubrió que yo también tenía insomnio.

–¿Tenemos que hablar de eso ahora?

–No veo por qué no –dije yo–. Y prendí la luz, y me acomodé contra las almohadas enfrentándolo: –Ahora sí, dale: mi peor defecto.

El siguió con la mano sobre los ojos, ahora cubriéndose de la luz.

–No sé si es el peor –dijo–. Pero, en todo caso, es el más evidente.

Podría jurarlo: ni se dio cuenta al decirlo de que se estaba metiendo en problemas. ¿No se les nota a la legua? Esa cosa de querer decir lo que no les conviene. Esa incapacidad de aprender a callarse a tiempo, a esperar en silencio que el sueño venza al insomnio.

–Estoy esperando –dije yo.

El aspiró hondo y optó por la versión atenuada:

–El eclecticismo –dijo, con cara de experto tolerante en especies inferiores.

–No te escondas detrás de palabras difíciles, querés.

–Es que es eso. No sólo vos; son todas iguales. Cambian. Cambian todo el tiempo. En todos los órdenes de la vida. Es... es como una esquizofrenia voluntaria. Porque no sólo cambian: quieren ser otra. Así nomás. De un momento a otro. Sin la menor lógica. Y varias veces al día, en ciertos casos.

–Ejemplos. Dame ejemplos.

–Bueno, el más obvio: la peluquería. Se cortan el pelo; y a la vuelta de la peluquería se arrepienten. Se tiñen; y quince días después se tiñen de vuelta del color original. Se alisan el pelo y después dicen que "no tiene movimiento". Se lo recogen; se lo sueltan. Es una locura. A los tipos les da lo mismo cualquier peluquería, mientras les corten igual. Ustedes consideran una traición cambiar de peluquero, salvo cuando les propone hacer el mismo corte de pelo tres veces seguidas. ¿O miento?

–No entendés nada.

–¿Y la ropa? No. Mejor no hablemos de ropa.

–Mejor.

–Sí; hablemos un poco de ropa. ¿Sabés de qué?

–De qué –dije yo, y ahí sí que lo hacía pisar el palito: nunca, nunca, me dio plata para ropa. La ropa me la compro yo, con lo que gano.

–¿Nunca te fijaste que vos actuás diferente, te movés diferente, y hasta hablás diferente según la ropa que te pongas? Con botas y sacón de cuero: "Yo estoy lista hace años; sos vos el que se demora". Con ropa de oficina: "No me beses así, siempre el mismo cursi". Con vestido largo: "¿Qué decías, amor? No te oí; estoy tan distraída". Con la camisa afuera del pantalón: "No; no tengo hambre. Y qué: no tengo ganas de ir a ningún lado hoy". ¿Sigo?

Iba a seguir. Era evidente que quería seguir. –¿Y los estados de ánimo? Ajajá.

–Ajajá qué.

–Cuando viene gente a comer y me tirás por la cabeza la revista que dejé en el baño, pero no se puede ni abrir los roperos, porque se nos viene encima toda la ropa tirada que amontonaste ahí dentro cinco minutos antes. Cuando volvés del laburo muerta de cansada y te preguntás en voz alta por qué no podés tener un marido que te mantenga o que al menos te espere con la comida lista. Cuando estamos viendo una película en donde él le mete los cuernos a ella y de pronto me das un bruto codazo porque sí. Cuando quedás en encontrarte con una amiga diez minutos después en un café, pero siguen y siguen hablando por teléfono igual, durante media hora. Cuando...

–Yo también puedo contar cosas tuyas de ésas. Contradictorios somos todos.

–No hablo de contradicciones. Hablo de reacciones totalmente insólitas como patrón de comportamiento. Ejemplo: uno se encuentra con una mujer que no ve hace, no sé, un año, pongamos. La última vez que la vio estudiaba, por ejemplo, medicina. Ahora puede decirte que es agente inmobiliaria; o discípula del Sai Baba; o esposa y madre; o pintora abstracta; o maestra de jardín de infantes; o jefa de Gabinete... Cualquiera. Y lo increíble es que uno no se sorprende: lo toma con la mayor naturalidad. Los hombres que no se ven hace tiempo se preguntan: "¿Seguís en lo mismo, che?". Las mujeres, en cambio, dicen: "Contáme; ¿qué estás haciendo?".

–No es culpa nuestra que éste sea un mundo machista.

Oh, oh. Error: no había que generalizar, pensé enseguida. Pero todavía no era demasiado tarde, si él no se daba cuenta.

–El mundo será machista. Pero si un hombre cambia así de vertiginosamente, de humor, de peinado, de trabajo o de personalidad, lo disimula. O en todo caso lo reconoce con cierta vergüenza, con incomodidad. Una mujer, en cambio, cree secretamente que eso es un mérito. ¿O no les produce cierto orgullo decir: "Sí; cambio todo el tiempo; soy imprevisible?. ¿No es genial?". Negámelo. Dale.

Alivio: no se había dado cuenta.

–Es una de las cosas que más les fascina de nosotras –dije yo.

–Nos fascina hasta que nos enerva.

–¿No será que no se animan a cambiar?

–Una cosa es cambiar y otra ser esquizofrénica.

–Y otra es ser esquemático y disimularlo con pedanterías.

–¿Me estás cambiando de tema o solamente peleando? –dijo él.

–A vos te interesa que te pelee, porque creés que eso te da la razón.

–Ah, ¿no tengo razón? ¿Cuál es, entonces, tu peor defecto?

Ahí lo quería tener:

–Materia prima defectuosa –dije, mirándome las uñas distraída. Es decir: con toda intención.

–¿Qué?

–Lo que oíste, chichipío.

–¿Qué quiere decir materia prima defectuosa exactamente?

–Adán.

–¿Qué tiene que ver Adán?

–El origen del problema. Que todas hayamos venido de una costilla de vulgar varón. Claro que, para que la cosa saliera bien, hacía falta primero un borrador.

–¿Qué quiere decir eso? ¿Que vos sos una versión corregida y perfeccionada de mí?

–Eh, che, no hace falta hacerlo todo tan personal.

Y, antes de que él terminara de decidir si lo que acababa de oír era peor o un poco menos grave que lo anterior, acomodándome contra las almohadas y dándole la espalda, agregué, mientras apagaba la luz (fundamental, detalle fundamental):

–¿Podemos dormir, ahora, o querés que estemos molidos mañana?

Juan Forn.

Graciela anda por los setenta y pico y arrastra una crisis desde que enviudó y los hijos se fueron de su casa. Pero pudo sobreponerse al síndrome del nido vacío gracias a la autoayuda, el reencuentro con amores juveniles y una imperiosa y desenfrenada disposición al cambio. Aquí aconseja a sus coetáneas una serie de microemprendimientos rejuvenecedores.

Chicas, ¡ahora sí!


IMAGE BANK

POR GRACIELA FERREIRO*

Pasé mis años de juventud desarrollando técnicas para detectar la fiebre de mis hijos con sólo tocarles la mano, limpiando manchas de sus cachetes con un dedo ensalivado, fijándome si tenían o no piojos mientras los peinaba. Aún hoy recuerdo que mis mayores ambiciones rondaban el deseo de que mi familia amaneciera de buen humor, que a mis hijos les gustaran mis scones, que ninguno se enfermara y que hubiera felicidad para todos. Pero un buen día las cosas cambiaron: mis hijos crecieron y se fueron, mi marido se murió antes que yo –sin respetar mi insistente deseo de que fuera a la inversa–, y mis amigas ya no estaban en condiciones de desplazarse hasta mi casa para jugar a la canasta. Está bien: para las madres de mi generación, la felicidad son los hijos, pero a mis setenta y pico de años he descubierto que es imperativo producir un quiebre en mi vida. Y por eso es que dirijo mi mensaje a todas las señoras –y por qué no señores– sexagenarias (en adelante), sexagenarias a las que amo, a quienes les deseo que les suceda algo, que les sobrevenga un quiebre. Este, mi mensaje, está dirigido a todas las personas que sienten más próximo el quiebre de uno de sus huesos que un quiebre en sus monótonas y desesperanzadas vidas. ¡TIENEN QUE CAMBIAR!

Por eso, desde mi humilde lugar, deseo proponerles una serie de actividades para desentumecer sus almas:

* Pongan un parri paloma en Plaza de Mayo para hacer y vender canapés o budines de paloma;
* manejen fletes;
* manejen catamaranes;
* realicen artesanías de soldaduras eléctricas;
* instalen una fábrica de scones de limón (no mezclar jamás con las palomas, que sólo deben hacerse en la parrilla);
* faciliten los mecanismos mecánicos como los molinetes para que el subte se detenga justo donde están paradas;
* ajusten las dentaduras postizas;
* déjense masajear, vean todo lo que vieron pero viendo mucho más.

Tal vez, algunas de las iniciativas que he llevado adelante en estos tiempos puedan servirles de incentivo para el cambio, así que voy a revelarles detalles trascendentes de mi vida privada. En mis años mozos, tenía yo un novio a quien mi familia no quería y, por tanto, al cual me vi obligada a dejar. En el momento de la despedida –triste, sin lugar a dudas–, miré fijamente sus ojos y le espeté: "Después de haberme hecho abortar dos veces, Alberto, creo firmemente que había algo entre nosotros. Acuérdese siempre lo que vivimos esa vez en el aguaveral. Pase lo que pase, vos –francamente no puedo recordar si nos tratábamos de usted o no en ese momento, por lo que he decidido alternar las formas. Sepan disculpar–, vos vas a ver a otra gente, pero cuando seamos viejos nos vamos a juntar para siempre". Y llegando a esta edad, una realmente comprueba que esa historia no fue en vano: yo, por ejemplo, regresé a ese aguaveral y lo encontré esperándome. Matilde, una de mis amigas, tuvo la fortuna de ser internada en la cama número 26 de una clínica del PAMI, ¿y adivinen quién estaba en la número 25? Su amor de la juventud, sí. Entonces, gracias a la ayuda de las ruedas –de las camas, se entiende– pudieron reencontrarse, compartir el suero, el sueño, lo que demuestra que, por medio de las cánulas, la ciencia puede procrear sensaciones y estímulos insospechados que una siempre deseó. O volver al novio que siempre recordó, o conseguir al compañero de banco con el que siempre fantaseó. Este, amigas, es el momento para tener *ese* momento, para revivir todo lo que no hicieron por tontos prejuicios adolescentes y por miedos estúpidos.

Debo confesarlo, siempre deseé ser una gran amante, y ahora lo estoy logrando. A pesar de mi amor por Alberto, he creado el Pabellón de los Amantes, un inmenso salón donde guardo a todos mis amores en frascos con formol debidamente identificados gracias a fotos –de la época– y etiquetas con sus nombres –"Nino", "Casenave"...–. Ese precioso solar constituye, por así decirlo, un gran necéssaire en el que llevaré conmigo a la vida eterna a mis amigos de la Italo, de ENTel y de la oficina. A un lado del Pabellón, he mandado construir una preciosa piscina que, en realidad, es una gran terma destinada a mantenerme a mí y a quienes ansíen compartir la aventura en constante estado de excitación –43 grados, es decir, casi, casi la temperatura de ebullición–. En lugar de una molesta música funcional, he provisto el lugar de una radio que sólo emite programas de, por ejemplo, Héctor Larrea, radionovelas y la música con la que nos enamoramos.

Por todo lo expuesto, amigas y amigos, reitéroles mis palabras so pena de resultar repetitiva: anímense, éste –y no otro– es el momento de desbocarse en la búsqueda del frenesí. Y ya saben, si necesitan un empujoncito, no tienen más que escribirme. Mi pluma y el Pabellón están esperando.

***Mex Urtizberea.**

Graciela anda por los setenta y pico y arrastra una crisis desde que enviudó y los hijos se fueron de su casa. Pero pudo sobreponerse al síndrome del nido vacío gracias a la autoayuda, el reencuentro con amores juveniles y una imperiosa y desenfrenada disposición al cambio. Aquí aconseja a sus coetáneas una serie de microemprendimientos rejuvenecedores.



Chicas, ¡ahora sí!

POR GRACIELA FERREIRO*

Pasé mis años de juventud desarrollando técnicas para detectar la fiebre de mis hijos con sólo tocarles la mano, limpiando manchas de sus cachetes con un dedo ensalivado, fijándome si tenían o no piojos mientras los peinaba. Aún hoy recuerdo que mis mayores ambiciones rondaban el deseo de que mi familia amaneciera de buen humor, que a mis hijos les gustaran mis scones, que ninguno se enfermara y que hubiera felicidad para todos. Pero un buen día las cosas cambiaron: mis hijos crecieron y se fueron, mi marido se murió antes que yo –sin respetar mi insistente deseo de que fuera a la inversa–, y mis amigas ya no estaban en condiciones de desplazarse hasta mi casa para jugar a la canasta. Está bien: para las madres de mi generación, la felicidad son los hijos, pero a mis setenta y pico de años he descubierto que es imperativo producir un quiebre en mi vida. Y por eso es que dirijo mi mensaje a todas las señoras –y por qué no señores– sexagenarias (en adelante), sexagenarias a las que amo, a quienes les deseo que les suceda algo, que les sobrevenga un quiebre. Este, mi mensaje, está dirigido a todas las personas que sienten más próximo el quiebre de uno de sus huesos que un quiebre en sus monótonas y desesperanzadas vidas. ¡TIENEN QUE CAMBIAR!

Por eso, desde mi humilde lugar, deseo proponerles una serie de actividades para desentumecer sus almas:

* Pongan un parri paloma en Plaza de Mayo para hacer y vender canapés o budines de paloma;
* manejen fletes;
* manejen catamaranes;
* realicen artesanías de soldaduras eléctricas;
* instalen una fábrica de scones de limón (no mezclar jamás con las palomas, que sólo deben hacerse en la parrilla);
* faciliten los mecanismos mecánicos como los molinetes para que el subte se detenga justo donde están paradas;
* ajusten las dentaduras postizas;
* déjense masajear, vean todo lo que vieron pero viendo mucho más.

Tal vez, algunas de las iniciativas que he llevado adelante en estos tiempos puedan servirles de incentivo para el cambio, así que voy a revelarles detalles trascendentes de mi vida privada. En mis años mozos, tenía yo un novio a quien mi familia no quería y, por tanto, al cual me vi obligada a dejar. En el momento de la despedida –triste, sin lugar a dudas–, miré fijamente sus ojos y le espeté: "Después de haberme hecho abortar dos veces, Alberto, creo firmemente que había algo entre nosotros. Acuérdese siempre lo que vivimos esa vez en el aguaveral. Pase lo que pase, vos –francamente no puedo recordar si nos tratábamos de usted o no en ese momento, por lo que he decidido alternar las formas. Sepan disculpar–, vos vas a ver a otra gente, pero cuando seamos viejos nos vamos a juntar para siempre". Y llegando a esta edad, una realmente comprueba que esa historia no fue en vano: yo, por ejemplo, regresé a ese aguaveral y lo encontré esperándome. Matilde, una de mis amigas, tuvo la fortuna de ser internada en la cama número 26 de una clínica del PAMI, ¿y adivinen quién estaba en la número 25? Su amor de la juventud, sí. Entonces, gracias a la ayuda de las ruedas –de las camas, se entiende– pudieron reencontrarse, compartir el suero, el sueño, lo que demuestra que, por medio de las cánulas, la ciencia puede procrear sensaciones y estímulos insospechados que una siempre deseó. O volver al novio que siempre recordó, o conseguir al compañero de banco con el que siempre fantaseó. Este, amigas, es el momento para tener *ese* momento, para revivir todo lo que no hicieron por tontos prejuicios adolescentes y por miedos estúpidos.

Debo confesarlo, siempre deseé ser una gran amante, y ahora lo estoy logrando. A pesar de mi amor por Alberto, he creado el Pabellón de los Amantes, un inmenso salón donde guardo a todos mis amores en frascos con formol debidamente identificados gracias a fotos –de la época– y etiquetas con sus nombres –"Nino", "Casenave"...–. Ese precioso solar constituye, por así decirlo, un gran necéssaire en el que llevaré conmigo a la vida eterna a mis amigos de la Italo, de ENTel y de la oficina. A un lado del Pabellón, he mandado construir una preciosa piscina que, en realidad, es una gran terma destinada a mantenerme a mí y a quienes ansíen compartir la aventura en constante estado de excitación –43 grados, es decir, casi, casi la temperatura de ebullición–. En lugar de una molesta música funcional, he provisto el lugar de una radio que sólo emite programas de, por ejemplo, Héctor Larrea, radionovelas y la música con la que nos enamoramos.

Por todo lo expuesto, amigas y amigos, reitéroles mis palabras so pena de resultar repetitiva: anímense, éste –y no otro– es el momento de desbocarse en la búsqueda del frenesí. Y ya saben, si necesitan un empujoncito, no tienen más que escribirme. Mi pluma y el Pabellón están esperando.

Mex Urtizberea.



IMAGE BANK



IMAGE BANK

POR ROSA NALÉ*

VIVA el embarazo eterno

Dice Rosa Nalé, y con justicia, que el embarazo es visto casi siempre como un tránsito hacia el parto o, al menos, hacia un bebé. Pero hay quienes, como ella, disfrutan más que nada de esos disparatados nueve meses en los que, entre otras cosas, las mujeres se dan permiso hormonal para decir todo lo que piensan. Es éste un alegato pro-preñez que se adelanta a la opción del parir *easy, ready o quickly* que seguramente nos depara el futuro cercano.

Si las militantes de la maternidad se dividen en dos grandes facciones (las que aman el embarazo, las adoradoras del parto), yo adhiero sin dudar a la primera. Cuatro embarazos y sus respectivos partos, cada uno con sus pequeñas aventuras, sus anécdotas, sus obstetras, sus cositas, representan, creo, una experiencia suficiente para avalar mi adhesión, que por otra parte es completamente desinteresada. Ninguno de mis partos –uno prematuro, tres naturales, una cesárea programada– fue particularmente traumático, y todos tuvieron ese no sé qué de epopeya deportiva –mezcla de sudor, tablón y energumenismo– que después los documentales de los cursos de preparto embellecen con filtros, contraluces poéticos y vaselina, como si fueran spots publicitarios de una corporación llamada Reproducción de la Especie. En otras palabras: no hay rencor ni despecho alguno contra el parto que intervengan en mi adhesión a la Causa de la Preñez. Simplemente soy una de esas muchas mujeres que prefieren lo que dura a lo instantáneo, el suspenso a la sorpresa, la retención a la expulsión, el proceso al arrebato, la cocina al consumo, la maquinación al golpe, el amor a la pasión.

El problema, claro, es que el embarazo tiene mala prensa. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que no se lo considera un estado en sí mismo sino apenas un tránsito, una antesala, un prólogo a una instancia ulterior –el parto– que, por algún misterioso motivo parece reunir, ella sí, todos los méritos necesarios para tener personería jurídica propia. Largo, incómodo, antinatural, invalidante, sembrado de malestares... Todos los reproches que se le hacen al embarazo sólo tienen sentido en el marco de una concepción mezquina y burocrática, que le niega autonomía y lo subordina despóticamente al Dios Parto. Yo quiero sostener lo contrario. La preñez como dimensión específica, como capítulo central, como trance *per se*. Emancipar esos largos, voluptuosos, variados, entretenidísimos, disparatados nueve meses de incubamiento de todos los fines exteriores que los esclavizan. En el fondo de este anhelo hay, por supuesto, una utopía descabellada: acceder, por fin, al embarazo por el embarazo mismo, como Gustave Flaubert proponía alcanzar el arte por el arte.

Creo que así, liberándose de esas dependencias, el embarazo se libera de su principal conspiradora: la ansiedad. Esa idea espantosa de que todo lo que somos, sentimos, pensamos y deseamos durante nueve meses lo somos, lo sentimos, lo pensamos y lo deseamos en función de algo que vendrá *después*, algo que sólo existe en el estrecho horizonte de la *eficacia* humana y en algunos mundos virtuales no necesariamente confiables (el de los elaboradores de peridural, el de los fabricantes de cunas y de pañales, el de nuestros padres y suegros). Nos llevó siglos y siglos emancipar el sexo del mandato divino de reproducirnos. ¿Por qué no aprendemos la lección y buscamos el atajo que haga lo mismo con el embarazo y el parto?

El sexo, como siempre, es el radar. No hay preservativo, ni diafragma, ni píldora, ni diu, ni ningún método anticonceptivo que, poniendo en suspenso la amenaza de quedar embarazada, hayan contribuido tanto a mi placer sexual como los 36 meses de embarazada que pasé en mi vida. Esperaba un bebé; era *imposible* que esperara otro. Y el sexo, como por primera vez en la vida, se volvía algo incondicionado y libre, un éxtasis de lujo y despreocupación, el colmo del goce aristocrático. No creo exagerar demasiado si digo que mis mejores experiencias sexuales las viví con un niño en la panza. (No en vano hay hombres que renunciarían a todo por un ratito de sexo con una mujer embarazada.) Esa indolencia, ese dejarse llevar, esa increíble sensación de reconciliación...

Ya pasaron las épocas en que el embarazo era considerado una enfermedad. Acuéstese. No trabaje. No se mueva. Nada de esfuerzos. Ni piense en hacer el amor. La "normalización" del embarazo es más o menos un hecho consumado. Haga vida corriente. No cambie de hábitos. Siga con yoga. Pero no es suficiente. Hace falta hacer del embarazo un Todo: un trance total. El embarazo es mi Mundo. El embarazo es mi Droga. (Mi segundo marido, del que me divorcié en Sitges, sostenía que el embarazo es una intoxicación, y que sus tres etapas de tres meses seguían la misma evolución que cualquier organismo humano puesto en contacto con un estimulante externo. Era cruel y usaba sacos con hombreras, pero no estaba tan equivocado.) Tal vez así, gracias a esa absolutización de la preñez, desaparezcan por fin las indignidades que ahora la deshonran. La lista completa sería larga. Menciono, antes de terminar, sólo una de las más urgentes. La ropa para mujeres embarazadas: esos enteritos de jean bordados con flores y conejitos color pastel, como de pared de salita de jardín de infantes, que sólo existen para tratar de borrar el pecado que dio origen al vientre que abulta esos estampados atroces...

** Alan Pauls.*


IMAGE BANK

POR ROSA NALE*

VIVA el embarazo eterno

Dice Rosa Nalé, y con justicia, que el embarazo es visto casi siempre como un tránsito hacia el parto o, al menos, hacia un bebé. Pero hay quienes, como ella, disfrutan más que nada de esos disparatados nueve meses en los que, entre otras cosas, las mujeres se dan permiso hormonal para decir todo lo que piensan. Es éste un alegato pro-preñez que se adelanta a la opción del parir *easy, ready o quickly* que seguramente nos depara el futuro cercano.

Si las militantes de la maternidad se dividen en dos grandes facciones (las que aman el embarazo, las adoradoras del parto), yo adhiero sin dudar a la primera. Cuatro embarazos y sus respectivos partos, cada uno con sus pequeñas aventuras, sus anécdotas, sus obstetras, sus cositas, representan, creo, una experiencia suficiente para avalar mi adhesión, que por otra parte es completamente desinteresada. Ninguno de mis partos –uno prematuro, tres naturales, una cesárea programada– fue particularmente traumático, y todos tuvieron ese no sé qué de epopeya deportiva –mezcla de sudor, tablón y energumenismo– que después los documentales de los cursos de preparto embellecen con filtros, contraluces poéticos y vaselina, como si fueran spots publicitarios de una corporación llamada Reproducción de la Especie. En otras palabras: no hay rencor ni despecho alguno contra el parto que intervengan en mi adhesión a la Causa de la Preñez. Simplemente soy una de esas muchas mujeres que prefieren lo que dura a lo instantáneo, el suspenso a la sorpresa, la retención a la expulsión, el proceso al arrebato, la cocina al consumo, la maquinación al golpe, el amor a la pasión.

El problema, claro, es que el embarazo tiene mala prensa. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que no se lo considera un estado en sí mismo sino apenas un tránsito, una antesala, un prólogo a una instancia ulterior –el parto– que, por algún misterioso motivo parece reunir, ella sí, todos los méritos necesarios para tener personería jurídica propia. Largo, incómodo, antinatural, invalidante, sembrado de malestares... Todos los reproches que se le hacen al embarazo sólo tienen sentido en el marco de una concepción mezquina y burocrática, que le niega autonomía y lo subordina despóticamente al Dios Parto. Yo quiero sostener lo contrario. La preñez como dimensión específica, como capítulo central, como trance *per se*. Emancipar esos largos, voluptuosos, variados, entretenidísimos, disparatados nueve meses de incubamiento de todos los fines exteriores que los esclavizan. En el fondo de este anhelo hay, por supuesto, una utopía descabellada: acceder, por fin, al embarazo por el embarazo mismo, como Gustave Flaubert proponía alcanzar el arte por el arte.

Creo que así, liberándose de esas dependencias, el embarazo se libera de su principal conspiradora: la ansiedad. Esa idea espantosa de que todo lo que somos, sentimos, pensamos y deseamos durante nueve meses lo somos, lo sentimos, lo pensamos y lo deseamos en función de algo que vendrá *después*, algo que sólo existe en el estrecho horizonte de la *eficacia* humana y en algunos mundos virtuales no necesariamente confiables (el de los elaboradores de peridural, el de los fabricantes de cunas y de pañales, el de nuestros padres y suegros). Nos llevó siglos y siglos emancipar el sexo del mandato divino de reproducirnos. ¿Por qué no aprendemos la lección y buscamos el atajo que haga lo mismo con el embarazo y el parto?

El sexo, como siempre, es el radar. No hay preservativo, ni diafragma, ni píldora, ni diu, ni ningún método anticonceptivo que, poniendo en suspenso la amenaza de quedar embarazada, hayan contribuido tanto a mi placer sexual como los 36 meses de embarazada que pasé en mi vida. Esperaba un bebé; era *imposible* que esperara otro. Y el sexo, como por primera vez en la vida, se volvía algo incondicionado y libre, un éxtasis de lujo y despreocupación, el colmo del goce aristocrático. No creo exagerar demasiado si digo que mis mejores experiencias sexuales las viví con un niño en la panza. (No en vano hay hombres que renunciarían a todo por un ratito de sexo con una mujer embarazada.) Esa indolencia, ese dejarse llevar, esa increíble sensación de reconciliación...

Ya pasaron las épocas en que el embarazo era considerado una enfermedad. Acuéstese. No trabaje. No se mueva. Nada de esfuerzos. Ni piense en hacer el amor. La "normalización" del embarazo es más o menos un hecho consumado. Haga vida corriente. No cambie de hábitos. Siga con yoga. Pero no es suficiente. Hace falta hacer del embarazo un Todo: un trance total. El embarazo es mi Mundo. El embarazo es mi Droga. (Mi segundo marido, del que me divorcié en Sitges, sostenía que el embarazo es una intoxicación, y que sus tres etapas de tres meses seguían la misma evolución que cualquier organismo humano puesto en contacto con un estimulante externo. Era cruel y usaba sacos con hombreras, pero no estaba tan equivocado.) Tal vez así, gracias a esa absolutización de la preñez, desaparezcan por fin las indignidades que ahora la deshonran. La lista completa sería larga. Menciono, antes de terminar, sólo una de las más urgentes. La ropa para mujeres embarazadas: esos enteritos de jean bordados con flores y conejitos color pastel, como de pared de salita de jardín de infantes, que sólo existen para tratar de borrar el pecado que dio origen al vientre que abulta esos estampados atroces...

* ***Alan Pauls.***

Una mujer, un hombre y **Otro**. Otro que tal vez sea el que los **ha creado**. La mujer ha **violado** las **reglas**, y en este texto cuenta **por qué**.

Diario

POR EVA PRIMA*

Cuando mi marido salió, miré hacia atrás. El me observaba. Seguro de su manejo del tiempo, sin importarle mi marido aguardando del otro lado, me preguntó:

–¿Por qué lo hiciste?

¿Me lo preguntaba seriamente? ¿Acaso no lo sabía?

–Lo hice por irritarte –le dije–. Pero nunca imaginé tanto.

–Nadie puede medir Mi enojo –dijo.

–Nunca antes te habías enojado –le respondí.

–No quieras conocer el enojo del manso –replicó.

–Ahora ya es tarde –le dije.

Le di la espalda, como una oferta más que para irme, giré nuevamente hacia El y le pregunté:

–¿No puedes perdonarme?

–Ya les he dicho que no –respondió.

–Ahora te pido que me perdones solamente a mí.

El sentimiento de traición me ruborizó las mejillas.

–No –respondió El–. Para Mí ustedes dos son uno.

–Entonces, al menos dime cómo debo vivir.

–¿Cómo piensas que voy a decírtelo? Mi castigo, precisamente, es negarles esa respuesta.

–¡Deja de hablarme en plural! –grité sin temor (¿qué más podía hacerme?)–. Respóndeme: haré lo que me digas.

–Ya te he dicho lo que debías hacer y no cumpliste.

–Juro que ahora seré fiel a tus órdenes –dije en una súplica sensual–. Lo que me digas lo haré. Si tú me dices que debo obedecer a mi esposo, le obedeceré. Si debo darle la espalda en el amor, lo haré. Si debo lavar los platos en los que come, los lavaré. Si debo cuidar sus ropas, las cuidaré. Y si los futuros hijos de nuestra unión deben ser criados por mí, los criaré.



Pero sólo si tú me lo ordenas.

–Ya no puedo ordenarte –dijo con un tono que, si no fuera El, hubiera creído de resignación–. ¿No lo entiendes? El castigo no es sólo una imposición mía: ustedes han eliminado mis respuestas al desobedecerme. Yo no castigo por los pecados: mi castigo es permitir que los cometan.

–¿Por qué no me amas? –le pregunté–. Lo daría todo por Ti. Mi cuerpo es hermoso. En todo tu Reino no hay otra criatura que pueda procurarte mayor deleite.

–Soy el que Soy –me dijo–. Solo.

–Yo... –le dije– Te deseo a Ti. Quiero quedarme contigo. Por eso lo hice: para que te enojaras y me miraras.

–Eres tú la que no me puede ver –dijo–. Yo siempre te he mirado.

–Quiero que me toques –le dije–. Mis hijos, quiero tenerlos contigo.

–No entiendes –me dijo.

–Quiero verte –le dije. Y lloré.

–No llores, mujer –me dijo–. Mantén la valentía con que te rebelaste contra Mí.

–No entiendes Tú –le grité–. Lo hice por amor. Lo hice para que te fijaras en mí. No me rebelé: me entregué a Ti.

–Pues no hay lugar a Mi Lado para Ti.

–¿Cómo no hay lugar a Tu Lado? Tú manejas el espacio. Tú eres dueño del infinito.

–Y de la Nada –me respondió–. ¿Qué quieres de Mí?

–Ser tu amante –le dije desvergonzada.

–¿Y tu marido? –preguntó como un hombre.

–Permíteme visitarte una vez por semana –dije poniendo un pie afuera.

Salí mientras El permanecía en silencio. Escuché el gemido de un animal nuevo.

*** *Marcelo Birmajer.***

ESTRATEGIAS PARA SER

Primera Dama

POR **CHICHA PERTINE ORTEGA***

Algo voy a tener que hacer en Olivos, llamar a un exorcista, desratizar, ofrecer un gesto público para que todos sepan que se acabó la jarana. Eso sí va a quedar bien. Nada de fotos mostrando las nuevas arañas, ni los tapizados de los sillones... tampoco gastar mucha plata. Seré austera.

No estaría mal tampoco hacer un parque ecológico en la cancha de golf. Algo con vaquitas, plantitas, potus, no sé, algo lindo como una chacra con chanchitos. No estaría mal, quedaría bárbara. Sería lindo que la historia me recuerde como la mujer que llenó de animales la quinta de Olivos.

Además, tengo todo para ganar. ¿Hace cuánto no hay una primera dama? Digo, algo como la gente... De Alfonsín, se decía que salía con la secretaria y estaba separado de su mujer. En síntesis, un desalmado, un adúltero.

Con respecto a Menem... ¿Qué se puede decir? Fijate lo que le pasó a la pobre Zulema, la echaron como a una bandida, le tiraron la ropa detrás de las rejas, delante de las cámaras de televisión. Un horror. A mí no me va a pasar eso, si se hacen los locos, prendo el ventilador y cuento todo.

Porque en las reuniones me quedo muda pero escucho; me siento calladita y escucho, sé quién es quién de los que acompañan a mi marido.

Conozco sus secretos, cómo compraron sus casas, si son fieles o no, quién pone plata para la campaña. Los conozco de potrillos, cuando pintaban paredes y ni soñaban con tomar el poder por asalto. Y ahí los tenés ahora. ¡Cómo se acercan al Negro! Como aves de rapiña en busca de la mejor parte de la torta. Va a haber para todos, porque somos una familia generosa, pero nada de abalanzarse famélicos sobre el botín de guerra.

La verdad me gustaría ser como Eva... aunque tengo que ser honesta, no me da el cuero. Soy ambiciosa, sí, pero no como ella. Era lo más, le bajaba línea al general y lo tenía al trote. Eso sí, su carácter era peor que el mío –lo cual no es poco–, con ella no se jodía.

Además, ¿se imaginan a los ingleses haciendo una comedia musical sobre mi vida? ¡Uy! Un montón de tipos bailando y cantando en el escenario como los susanos, sería lindo, ¿no? Es más, una de las gorditas de las Spice Girls podría ser la protagonista.

Pero yo soy una mujer común. Me corto el pelo en lo de Miguelito, a tres cuadras de mi casa, como hace años. Nada de estilistas, ni de vestidos exclusivos, cultivo el bajo perfil, un estilo austero, tan políticamente correcto como se recomienda ahora. Ya me veo subiendo a los aviones, viajando por el mundo, mirá vos, yo que era una maestra de escuela, en los mejores hoteles, charlando con las mujeres de los presidentes.

Con relación a los viajes, me voy a ocupar personalmente de que no se conviertan en una gira de larvas alrededor del mundo. Voy a ser la azafata del Tango 01. Me van a conocer se acabaron los parásitos cerca del Presidente.

Y a Olivos van a entrar quienes yo quiera, no voy a ser la ama de casa, seré la dueña de la casa. Se acabó el póquer con personajes de la tele y esa caterva de obsecuentes para ver los partidos de fútbol en el microcine. Si todo sale bien, la voy a conocer a Hillary. Voy a darle un par de consejitos para que sepa cómo tratar a un hombre. Esa sí que se la bancó calladita. Por la mitad de lo que le hizo Clinton, al Negro yo le hago la de la gran Lorena Bobbit. ¡Qué humillación! Pobre Hillary, la cornuda más grande del planeta. A mí eso no me va a pasar, los trapitos sucios se lavan en casa.

¿Sabés una cosa? Cierro los ojos y sueño con el día de la asunción, en el Cadillac descapotable, saludando como si fuese electa reina de la primavera. Mi marido con la sonrisa torva y la satisfacción de la misión cumplida. No es para menos, después de todo el poder fue siempre nuestro gran proyecto familiar.



Es sabido que aún no existe **igualdad** de los **sexos**, pero no por eso el **poder** debería agarrarnos desprevenidas. He aquí un **plan** riguroso para tomar la **residencia** de **Olivos**.

* *Daniel Tognetti.*

EL SÍNDROME George Sand

Mea culpa de una dirigente política que hace veinte años que no se saca el **traje sastre** y que tiene el celular adherido al tímpano. Entre reflexiones semisemióticas sobre la **producción de sentido** y quejas por las cargadas de su hija adolescente, la dirigente cuestiona las acciones positivas como la **ley de cupo.**

POR AURORA DUPIN *

Estoy harta de que mi hija me llame *George Sand.* Y de que tenga razón. Entregué 20 años de mi militancia al servicio de las libertades, de la democracia y de la igualdad de las mujeres y, casi sin darme cuenta, fui postergando algunos rasgos de mi propia condición femenina.

Lo que mi hija llama irónicamente *el síndrome de George Sand* consiste en eso: adoptar un modelo, una "vestidura" masculina para afirmar mi derecho a la inclusión. Para encubrir mi condición femenina endurezco mi expresión oral, adopto ademanes rudos y ampulosos, sólo me muestro en los tribunales con el pelo recogido, tailleur y el ruedo de la pollera apenas sobre la rodilla, cierro el puño y pongo la voz ronca en una arenga o cuando discuto en un panel, crispo la mandíbula y avanzo con paso marcial para evitar todo signo de debilidad.

Ninguna de estas conductas es relevante por sí misma. Pero el conjunto, como sistema de representaciones, nos otorga a las mujeres un lugar en el sistema público de producción de sentido, bajo la condición de adoptar para esa producción un discurso predominantemente masculino.

Dicho de otro modo, parecería que mucho de lo que he logrado en la vida *no es imputable al haber de la cuenta "mujer"*, en la medida en que para obtenerlo tuve que *actuar* como un varón. Para actuar como abogada, defensora de los derechos humanos y militante, tuve que ser menos mamá, menos novia, menos esposa y hasta menos hija. En el saldo, le resté a la política y al ejercicio profesional justamente el aporte singular de mi condición de mujer.

Luché, firmé, voté y ejercí presión para lograr el cupo femenino obligatorio en las boletas electorales. Lo hice con el mismo ímpetu con el que trabajé a favor de otras formas de discriminación positiva que forzaran cambios reales en la asignación de oportunidades. Pero lo que hoy percibo es que quizás en esa lucha confundimos el instrumento con el objetivo; como si no hubiésemos advertido que lo que da sentido a la *affirmative action* es su carácter eminentemente transitorio. Cuando un dispositivo de protección al desposeído se vuelve crónico, terminamos aceptando la desposesión como un dato natural e inmutable.

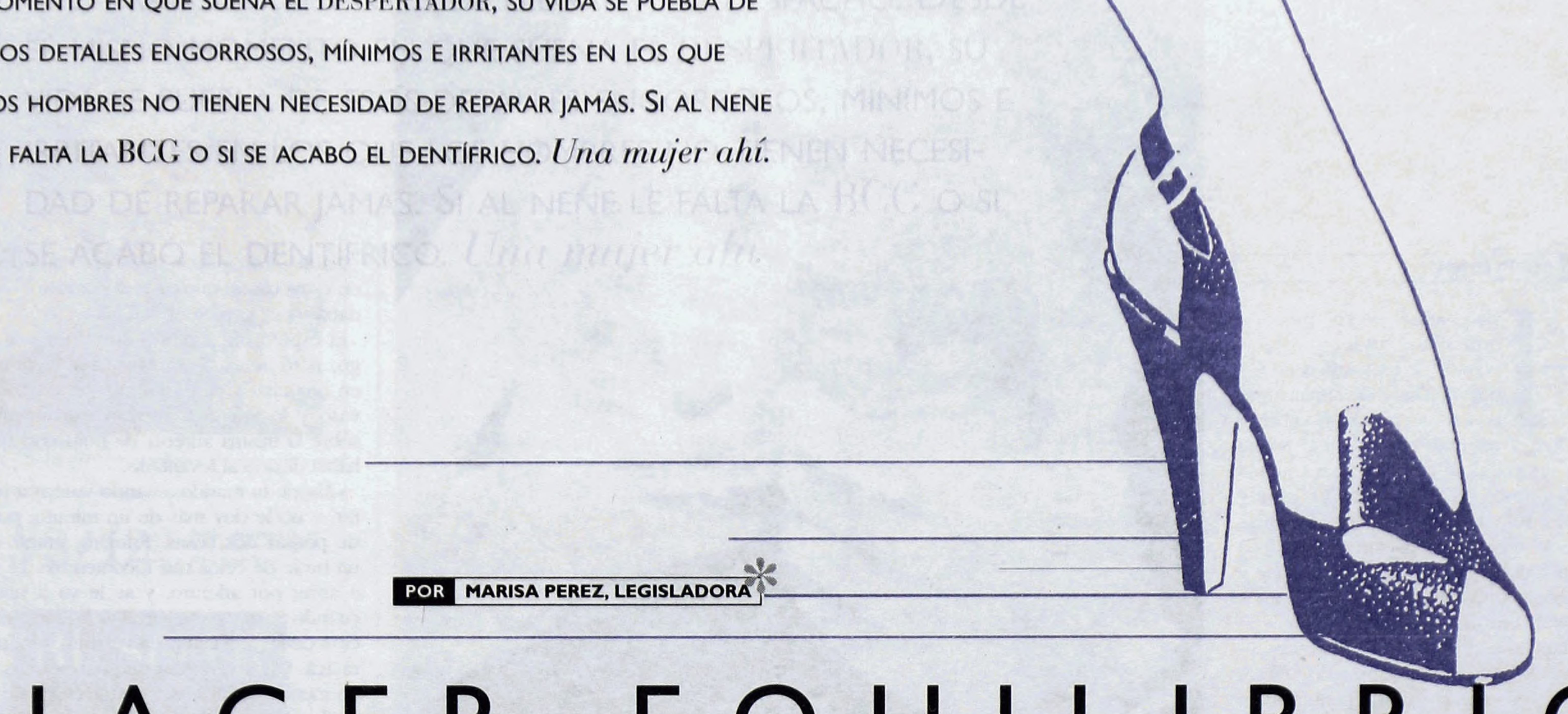
¿No estará el cupo femenino dejando de servir al género y convirtiéndose en una coartada funcional a un sistema que sigue siendo discriminatorio? ¿Cuándo lograremos condiciones estructurales que nos permitan a las mujeres desarrollar nuestras capacidades para competir sin muletas?

Quiero caminar por los tribunales con el pelo suelto y mi feminidad expuesta sin que un secretario de juzgado me diga "doctorcita". Quiero ocupar mi lugar de mujer no como una cuota cedida por el hombre sino como parte de una mutua alianza entre los géneros. Quiero salir a comprar ropa con mi hija para que no me siga diciendo "Hola, George".

* FACUNDO SUÁREZ LASTRA



LA HISTORIA QUE RELATA LA LEGISLADORA *Marisa Pérez* TRANSCURRE ANTES DE LLEGAR A SU DESPACHO. DESDE EL MISMO MOMENTO EN QUE SUENA EL DESPERTADOR, SU VIDA SE PUEBLA DE ESOS DETALLES ENGORROSOS, MÍNIMOS E IRRITANTES EN LOS QUE LOS HOMBRES NO TIENEN NECESIDAD DE REPARAR JAMÁS. SI AL NENE LE FALTA LA BCG O SI SE ACABÓ EL DENTÍFRICO. *Una mujer ahí.*



POR MARISA PEREZ, LEGISLADORA*

HACER EQUILIBRIO

Todos los días tienen ese no sé qué de incertidumbre y vértigo. Levantarme a las siete de la mañana, despertar a mis hijos, vestirlos medio dormidos, preparar el desayuno, controlar que lo tomen mientras apuro mi café ya frío. Los lleve al colegio o no, nunca me alcanza el tiempo a la mañana para despedirme de mi marido, negociar con él el reparto de las obligaciones comunes, y hacerme cargo de las que me resultan inevitables como ordenar un poco la casa, registrar qué cosas están faltando y decidir en qué momento comprarlas, pensar qué vamos a comer ese día y dejar todo más o menos listo, atender al plomero que viene a arreglar la bacha de la cocina que se rompió por tercera vez, atender a la señora del consorcio intentando que no cruce el umbral de la puerta mientras atajo con la pierna al gato para que no se escape.

Por supuesto, además de las inevitables, también están las cosas que me gustan, tomar unos mates, leer aunque sea un rato, organizar las reuniones y los asuntos pendientes del día, ir al gimnasio, encontrar la ropa que tengo ganas de ponerme y que esté limpia y planchada, bañarme tranquila y arreglarme un poco sin sentir que el mundo se viene abajo mientras me ocupo un rato del rubor en mis mejillas.

En fin, lograr salir de la casa propia es un largo esfuerzo, pero estar fuera de ella no es más sencillo. Una mujer que trabaja nunca se desembaraza del todo del resto de sus asuntos. Esta fatalidad nos da en general un aspecto un tanto diletante o disperso. En realidad se trata de las muecas visibles de un esfuerzo imposible: estar al mismo tiempo en todos los mundos de los que queremos o no podemos evitar ser parte.

Esto sin contar que un día normal de mujer siempre contiene pequeños detalles absurdos como descubrir que estamos indispuestas justo cuando ya estamos fuera de casa y tenemos una larga jornada por delante, que se nos corra una media y estemos obligadas a lucir así todo el resto del día, que en medio de cualquier reunión de trabajo nos acordemos de algo importante –no estrictamente laboral– y debamos salir corriendo o llamar ochenta veces por teléfono a casa cuando no estamos en ella para saber cómo anda todo. Adversidades u obsesiones propias de lo femenino.

Trabajar en medio de ese tembladeral puede ser a veces doblemente estresante, pero también un alivio, ya que el trabajo suele convertirse en el espacio más personal de la vida de una mujer si se logra atravesar una serie de aprendizajes: superar la culpa que nos provoca cada espacio que dejamos, cada momento que no podemos compartir con nuestros hijos, cada cosa hecha a medias y, en general, cada desencuentro de las ganas y las posibilidades.

Si trabajamos, ya sea por necesidad, por gusto, o por ambas cosas, el trabajo no nos contiene tanto como a los hombres, pues nuestro continente es siempre más amplio, más flexible y más difuso. Pero somos buenas trabajando, porque tenemos poco miedo a perder y más confianza que nadie en nuestra inteligencia. Trabajar suele ser para una mujer misteriosamente placentero. Supongo que la producción más allá de los límites del hogar produce un efecto liberador que resulta implacable. El encuentro con los productos de ese esfuerzo nos devuelve una imagen saludablemente imprecisa. Aunque resulte a primera vista contradictorio, dejar de trabajar y volver a casa no es necesariamente una promesa de menores exigencias. Además de estar un tiempo con los hijos y otro o el mismo tiempo con nuestra pareja, siempre hay más y más cosas para hacer, programar y reprogramar. El descanso se vuelve un artículo de lujo y una aprende a andar como de a saltos en la vida, haciendo no siempre lo que quiere y pudiendo a veces menos de lo que otros o una misma necesita. De todos modos, si hay una habilidad que caracteriza la vida de las mujeres aquí y ahora, es esa destreza para transitar hasta con cierta elegancia largas zonas de equilibrios precarios.

* *Aníbal Ibarra*

IMAGE BANK



LA *minúscula* PARTE

¿De qué hablan las mujeres en las fiestas? ¿Y los hombres? ¿De qué hablan? ¿Con quién se habla en las fiestas y de qué? ¿A cuánta distancia hay que estar cuando se habla en las fiestas? ¿Dónde apoyar las manos? ¿Desde dónde vale que se escuche la risa de dos personas desconocidas que hablan en una fiesta, si las respectivas parejas están mirando?

POR SOFIA LYNN*

Hablábamos. Pero que dos mujeres estuviéramos hablando de esos temas de los que dejamos de hablar apenas se acerca un hombre y que además, mientras ellos –entre los que estaba mi marido– hablaban todos juntos y a los gritos en la otra punta del living y nosotras sólo hablábamos, que además de eso se acercaran a hablarnos dos tipos desconocidos –para él y para nosotras– y que nosotras, Cecilia y yo, no dejáramos de hablar sino todo lo contrario, siguiéramos hablando de eso y con esos dos tipos, era demasiado y sentí, puedo jurarlo, cómo él –mi marido–, desde la otra punta del living y a lo mejor sin mirarme fijo durante más de dos o tres segundos, empezó a odiarme.

–¿De qué hablaban? –dijo uno de los dos que se acercó a hablar.

–Del día en que un hombre empieza a odiarte –dije yo. No se me ocurrió otra cosa. Estábamos hablando de eso. Y si a él no se le ocurría algo mejor para empezar, a mí tampoco.

–¿Un tipo cualquiera o uno en especial? –preguntó el otro, el que no había dicho nada.

Mal. Mala pregunta. Con Cecilia éramos buenas amigas, muy buenas amigas, pero si íbamos a dividirnos la oferta aunque más no fuera durante una conversación, ése era para ella. Y se lo adjudicó apenas le contestó.

–Cualquiera. Mi marido.

Decididamente ya no era mi problema.

Cecilia y el otro –el que había hablado después– empezaron una conversación que duró a lo sumo cuarenta segundos, y que interrumpieron o en algún momento yo dejé de oír para empezar a escuchar al otro, que estaba en cuclillas y haciendo equilibrio, cada tanto haciendo tierra en el apoyabrazos del sillón en el que yo estaba.

–Nadie habla de eso, y mucho menos en la misma fiesta donde está su marido –dijo, mientras apoyaba la mano un segundo en el sillón y volvía a sacarla.

–¿Y si te digo que hablábamos de eso precisamente porque vinimos con nuestros maridos?

–Si me decís eso, estás coqueteando. Y como tu marido está, para empezar, en el mismo living que nosotros, es probable que sigamos hablando de lo mismo, porque cinco minutos más de charla y dos veces más que mire para acá como acaba de mirar, y hoy es el día en que tu marido empieza a odiarte.

–No te creas. (¿Qué le iba a decir?)

–Sí me creo. Porque funciona así. Ni siquiera hace falta que cada tanto estires la mano y me la apoyes apenas en la rodilla cuando te reís. O que te rías demasiado. Hace falta mucho menos. Muchísimo menos –apoyó el vaso en la mesita ratona. Y durante un segundo, menos de un segundo, me miró con cara de "Yo soy así, tiendo a elaborar teorías descabelladas sobre todo". Como no ofrecí la menor resistencia, siguió explicando: –Funciona solo: ahora, por ejemplo, alcanza con que yo me haya instalado acá a hablar con vos. El vaso en la mesa quiere decir, si yo no soy un cargoso, y por el lugar en el que estamos, acá nadie sospecha que otro va a pasar por cargoso hoy a la noche, quiere decir que vos aprobás que yo esté acá sentado.

Nadie, creo, puede tener algo que decir en estos casos: que tuviera razón sólo me daba motivos para no hablar.

El esperó un segundo que yo dijera algo, pero antes de que nos hundiéramos en una charla perdida tomó un trago del vaso y lo volvió a apoyar, exactamente sobre la misma aureola de humedad que había dejado al levantarlo.

–Ahora: tu marido, cuando vuelva a mirar, y no le doy más de un minuto, puede pensar dos cosas. Primero, entrar en un brote de celos casi incontenible. Le va a arder por adentro, y se le va a notar cuando se ría para volver a la conversación de la que sale cada vez que mira para acá. Vas a ver. Pero que pase eso es lo de menos. En el mejor de los casos, se le vuelve inaguantable y camina hasta acá. Hace un chiste, pregunta algo, o te da un beso, y con eso vuelve a creer que tiene controlada la situación. Y desde ya te aviso que esto es teoría: no pienso andar controlando a tu marido. Si viene o no. Así que te diría que te acomodes como quieras si vas a mirarlo.

Primer error: me acomodé. En realidad, segundo error, si buscan más arriba.

–¿Y lo peor? –pregunté.

–Te vas a dar cuenta si no pasa lo primero. Le puede pasar a cualquiera de los dos. En este caso, en el tuyo, él va a mirar y no va a poder creer, después de miles de cumpleaños a los que vinieron juntos, haber venido con vos a éste. No me mires así. ¿Me vas a decir que nunca te pasó? En la mitad de la fiesta mirás y te encontrás con que esa persona no te molestaría si no fuera porque vino con vos. Porque *está* con vos, y como en ese momento no está al lado tuyo, sino coqueteando con otro, se espera algún acto heroico de tu parte. Mínimo. Pero lo suficiente como para dejar en claro que están juntos, que vinieron juntos y que piensan irse juntos. Pero el problema aparece cuando él mira, y descubre que no tiene la menor gana de nada. No puede creer estar con vos. No quiere estar con vos. Estar con vos, ahora, acá, en el mismo living, pasa a ser un problema que no tiene la menor intención de solucionar. Ahí es cuando empieza a pensar que preferiría que no hubieses venido. Puede que no dure mucho. A lo mejor, hoy, ni siquiera se da cuenta de que piensa eso. Pero en algún lugar de su cabeza, en alguna parte, por minúscula que sea, él ya barajó la posibilidad, ya pensó que prefería estar sin vos, y que estando con vos supo, aunque sea por un segundo, que podía llegar a odiarte. Que te odió –dijo él.

Y estas tres últimas palabras –"que-te-o-dió"– parecían, aunque estuvieran de espalda, seguir el ritmo de mi marido, que se acercaba para emprender algún acto heroico mientras el tipo, el que había hablado primero y había seguido hablando durante diez minutos, terminaba de explicarme lo que esta vez no le había pasado a mi marido sino a mí, que, en alguna parte, probablemente minúscula, y no del todo localizable hasta un tiempo después, empezaba a pensar: Me parece que lo odio, cuando él –no el que hablaba sino mi marido–, con el último paso antes de considerarse técnicamente adentro de la conversación, preguntó "¿De qué hablaban?".

* *Juan Ignacio Boido.*

POR ANDINA MANSA*



Un paseo

Mezcla de discurso *poético y fluir* del inconsciente, este texto remite a un viaje en remise por la calle Junín a la altura de la Recoleta. Pensamientos íntimos de una chica que no quiere ir despacio y que, según afirma, tiene una billetera burguesa pero no por eso se *priva de admirar* las rosadelfas.

Buenos Aires siempre se despierta contenta. ¡Malditos! No sé si quiero quejarme. Estoy cansada. Es casi de noche, estoy sentada en un remise, tengo sueño, pero no pienso entregarme al consuelo de mi almohada.

Ni siquiera aceptaría una noche romántica. *Estoy lejos del feminismo. Detesto la* pequeñez humana de las afiliaciones. Seré mujer, fuerte, suave y libre.

Tengo miedo de sentirme así, ¿podré olvidarme del apego? ¿Podré recorrer con mis ojos una vez más el cuerpo del hombre que amo? ¿Podré recurrir a mis pequeños pasos para alejarme de esta cruel y cómoda rutina? Ayer escuché: "Cambiar de a poco". ¡No! –no, mi niña–, quiero fuego.

Quiero caer en el primer golpe. Levantarme despacio, si puedo. Aprender de nuevo, otro idioma, con más silencios, con más colores, con menos caricias vanas.

Buenos Aires siempre se despierta contenta, especialmente en otoño; con la fresca. A veces, como hoy, con la última luz, recupera su alegría.

Me crié mujer, antes que ser humano. Quiero recuperar mi civilidad. Humanar mi condición humana, antes de ser otra vez mujer.

Quiero dejar atrás, cada una de las doc*trinas que rigen mi pasar. Abolido está* el teorema que demostraría, en una placa de bronce, mi aplicada existencia. En rezongos y congojas se debaten: mis entrañas, mis cuerdas vocales, mis ovarios, erectos pezones, como así también la suavidad de mi ombligo envellado.

Qué silencio el de las farolas de la plaza, las recuperaré para siempre. No he de cerrar ninguna puerta. No dejaré la ciudad. No será un fácil abandono. Ya esta noche; gritaré presente. Negados serán los sutiles encantos de ayer. Tendrán que, los demás, leer de mis silencios, cosechar en campo ajeno las fugaces estrellas que regalara ayer; vaciando, así, la sucesión de puntos que me fueran dados en custodia, desde mi más pequeña inocencia. Fui educada para agradar.

He recogido al andar las más mundanas herramientas, a saber: la constancia, la paciencia, el esfuerzo, la estima, el orgullo y la codicia, entre algunas otras. No quedan en mis recuerdos de ayer, escolares o familiares, oradores de la dicha. La dicha la encontré en secretos, en las caricias de un perro, en el cobijo de verdes gramillas, en el fuego de la noche y también en mis sueños solitarios, donde mis *manos fueron una y otra vez mis exalta*dos amantes.

El tráfico está pesado. Recorremos la calle Junín, en Recoleta. La amo. No por sus oscuras connotaciones fúnebres, sino por poseer un idioma desconocido, el misterio de la muerte, abanderada de la magia, relegada de cualquier posible predicción.

Cierro mis ojos y recorro con mis pensamientos los contenidos de mi cartera, que se descansa en mis faldas. En ella nunca nada está librado al azar. Mi billetera casi burguesa, con fotos y dinero. Mis pinturas que alumbran deliciosamente mis vanidades. Un viejo cuaderno donde anoto pequeñeces que rigen mi vida. Mis cigarrillos, que al escasear se reemplazan una y otra vez. Tres lapiceras diferentes y amadas, todas audaces en mis intenciones, con resultas de fatuas inscripciones. ¿Qué oscuro prejuicio me lleva a arrastrar estas pertenencias por los cuatro puntos cardinales? ¿No debiera guardar en ella muestras de trigo, de se*men, cartas de magia o semillas de rodo*dendros, rosadelfas y ojaranzos?

Me despierto en la puerta de casa, subo por las escaleras y en el descanso, por la lucarna, reconozco las hojas del tilo, iluminadas por la ventana del comedor. Un hombre me espera, me temo; así lo creo, le seré desconocida.

Mañana ya será muy tarde para comenzar.

*** Francis Mallmann.**

ARQUETIPOS

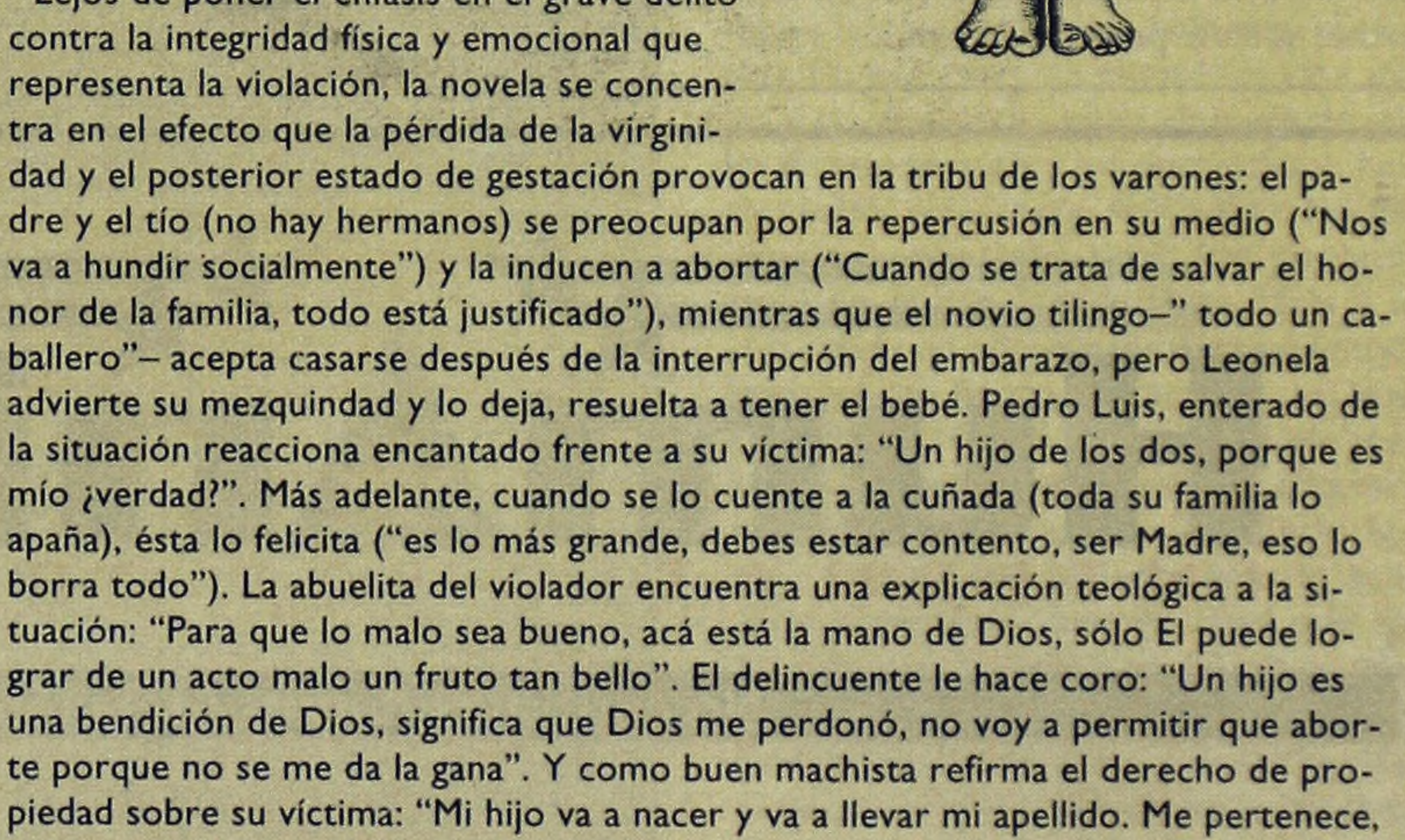
El *Poeta*


IMAGE BANK

POR M.D. Llegar a casa después de un día espantoso, los pies latiendo dentro de los zapatos y la cabeza como un campo de minas antipersonales. Prender el contestador mientras se busca algo en la heladera y recién entonces se escucha: "Yo no morí de muerte,-llenar con el nombre que corresponda-,/ morí de un corazón hecho cenizas". Sin dudas es la voz del poeta, ese alma extraviada que encuentra consuelo en los versos y con ellos nos atrapa como moscas en la red de la araña. Es capaz de pasar horas revisando sus maltratados libros –los eternos, los de siempre– hasta dar con esa frase que nos llegue al corazón oportunamente cerrado el día en que caímos en la cuenta que no todo es poesía. Porque el poeta es así, romántico. Un guardián que custodia los portones que encierran el enamoramiento. Y allí dentro quiere permanecer para siempre rodeado de palabras de amor que crecen como enredaderas y se secan cuando la vida nos enfrenta a las cosas de todos los días. El poeta no resiste compromisos firmes, no puede estar pendiente de cosas terrenas, pueriles detalles tales como llegar puntual o llamar en el momento en que quedó la noche anterior. No. El tiene que permanecer en el limbo para poder llenar de poemas ese cuaderno gris que acomodó bajo la axila como una parte más de su cuerpo, casi más interesante que la que guarda bajo los pantalones. ¡Pero qué dulce es escuchar de su boca nuestro nombre adornado de piropos como una torta de cumpleaños! Mal que nos pese todavía es conmovedor un hombre sensible que hace gala de su energía femenina porque al final somos todos seres etéreos, materia prima de futuros poemas que él leerá en bares y reuniones o en esos descansos en que el cuerpo pide un sanguchito, un vaso de algo fresco. El, en cambio nos ofrece poesía, anota un verso de Machado sobre la almohada, de memoria, sin equivocarse. Los 20 de Neruda fueron sus favoritos y todavía los recita cuando la noche está estrellada y titilan azules los astros a lo lejos. Tiene uno para cada ocasión, de Rimbaud a Bukowski según el grado de alcohol. Porque el poeta toma en general whisky, o ginebra en esa versión vernácula que se acoda en los 36 billares para ver pasar la vida y anotarla rápido en el papel antes de que la inspiración lo abandone como la mayoría de las mujeres que amó y se perdieron en un pasado que lo sigue como su sombra. Ningún recurso mejor para dejarnos plantadas y llamar al otro día o al otro pidiendo amparo, que es lo que siempre necesita un corazón herido –además de una rica comida y unos cuantos mimos–. Suelen ser magros como un grisín –con una pancita estilo aceituna–, llevar siempre el mismo sobretodo y unas ojeras azules que cultivan tanto en junio como enero, la voz de un actor de teatro y el gesto preparado para el drama que nosotras mismas desencadenaremos –hartas de sus plantones– en el momento exacto en que dijimos basta. Para que todo vuelva a comenzar.

TALK SHOW
por Moira Soto

el heroico DEPREDADOR



¿Qué sucedería si en la televisión se pasase una telenovela donde el galán fuera un ex torturador de la ESMA o un racista declarado? Como corresponde, asambleas y otros organismos de Derechos Humanos pondrían el grito en el cielo. Sin embargo, por Canal 13, de lunes a viernes a las 16, se transmite una tira de origen peruano donde el galán es un violador y hasta el momento no se han escuchado protestas. ¿Será quizá porque esta forma brutal y humillante de someter a las mujeres apelando a mayor fuerza física todavía es mirada con cierta indulgencia por la sociedad? ¿O porque en la novela "Leonela" el galán de marras intenta practicar la forma primitiva de matrimonio que incluía rapto y violación previos al casamiento?

En "Leonela", con la firma de Delia Fiallo (que no es la primera ni será la última autora con mentalidad patriarcal), tenemos a la señorita del título, joven adinerada de la sociedad limeña que ha sido forzada sexualmente por Pedro Luis, muchacho pobre pero trabajador, supuestamente enamorado de ella (en fin, que el tipo no pudo controlar la famosa bestia desatada). Para peor –o para mejor en la lógica telenovelesca– Leonela, virgen impoluta hasta el momento de la agresión, queda embarazada.

Lejos de poner el énfasis en el grave delito contra la integridad física y emocional que representa la violación, la novela se concentra en el efecto que la pérdida de la virginidad y el posterior estado de gestación provocan en la tribu de los varones: el padre y el tío (no hay hermanos) se preocupan por la repercusión en su medio ("Nos va a hundir socialmente") y la inducen a abortar ("Cuando se trata de salvar el honor de la familia, todo está justificado"), mientras que el novio tilingo–" todo un caballero"– acepta casarse después de la interrupción del embarazo, pero Leonela advierte su mezquindad y lo deja, resuelta a tener el bebé. Pedro Luis, enterado de la situación reacciona encantado frente a su víctima: "Un hijo de los dos, porque es mío ¿verdad?". Más adelante, cuando se lo cuente a la cuñada (toda su familia lo apaña), ésta lo felicita ("es lo más grande, debes estar contento, ser Madre, eso lo borra todo"). La abuelita del violador encuentra una explicación teológica a la situación: "Para que lo malo sea bueno, acá está la mano de Dios, sólo El puede lograr de un acto malo un fruto tan bello". El delincuente le hace coro: "Un hijo es una bendición de Dios, significa que Dios me perdonó, no voy a permitir que aborte porque no se me da la gana". Y como buen machista refirma el derecho de propiedad sobre su víctima: "Mi hijo va a nacer y va a llevar mi apellido. Me pertenece, que no se crea que se lo puede arrancar".

Así es que esta novela, además de permitirse un galán violador, aporta un obvio mensaje antiaborto, santificando los embarazos indeseados provenientes de atropellos. Pedro Luis, que no parece asumir nunca la gravedad de su falta, se cree con autoridad para determinar que "sería un crimen impedirle que naciera". Pero cuando se refiere a la violación dice tan tranquilo "pensar que fue mi mujer y sin embargo me es tan ajena". Al menos, Pedro Luis, dentro de su repentina ansiedad (paternal) tiene un motivo de alegría: "Soy el único hombre que la ha tenido".

En "Leonela", pues, los varones de la familia se preocupan por el delito contra la propiedad (la hija), que ha quedado devaluada, y tratan de salvar la cara mediante el aborto, mientras que la madre se opone por motivos religiosos; el violador a su vez intenta defender su presunto derecho sobre el embrión. Y Leonela, por el momento, sigue con el embarazo pero ha dicho que va a dar al niño en adopción, en tanto Pedro Luis es acusado de un crimen que no cometió. ¿Cuánto tardará la violada en amar al violador y en aceptar el fruto de la violación? Se aceptan apuestas.